

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 10

612. Esposo y señor mío —respondió la Reina— si de la mano liberalísima del Muy Alto recibimos tantos bienes de gracia, razón es que con alegría recibamos los trabajos temporales (Job 2, 10). Con nosotros llevaremos al Criador de cielo y tierra, y si nos ha puesto cerca de sí mismo, ¿qué mano será poderosa para ofendernos, aunque sea del rey Herodes? Y donde llevamos a todo nuestro bien y el sumo bien, el tesoro del cielo, a nuestro dueño, nuestra guía y luz verdadera, no puede ser destierro, pues él es nuestro descanso, parte y patria; todo lo tenemos con su compañía, vamos a cumplir su voluntad.—Llegaron María santísima y San José a donde estaba en una cuna el infante Jesús, que no acaso dormía en aquella ocasión. Descubrióle la divina Madre y no despertó porque aguardó aquellas tiernas y dolorosas palabras de su amada: Huye, querido mío, y sea como el cervatillo y el cabrito por los montes aromáticos (Cant 8, 14), venid, querido mío, salgamos fuera, vamos a vivir en las villas (Cant 7, 11)). Dulce amor mío —añadió la tierna Madre—, cordero mansísimo, vuestro poder no se limita por el que tienen los reyes de la tierra, pero queréis con altísima sabiduría encubrirle por amor de los mismos hombres. ¿Quién de los mortales puede pensar, bien mío, que os quitará la vida, pues vuestro poder aniquila el suyo? Si vos la dais a todos, ¿por qué os la quitan? Si los buscáis para darles la que es eterna, ¿cómo ellos quieren daros muerte? Pero ¿quién comprenderá los ocultos secretos de Vuestra Providencia? Ea, Señor y lumbre de mi alma, dadme licencia para que os despierte, que si Vos dormís, vuestro corazón vela (Cant 5, 2).

613. Algunas razones semejantes a éstas dijo también el santo José, y luego la divina Madre, hincadas las rodillas, despertó y tomó en sus brazos al dulcísimo infante, y él, para enternecerla más y mostrarse

verdadero hombre, lloró un poco —¡oh maravillas del Altísimo en cosas tan pequeñas a nuestro flaco juicio!—; mas luego se acalló, y pidiéndole la bendición su purísima Madre y San José se la dio el Niño, viéndolo entrambos; y cogiendo sus pobres mantillas en la caja que las trajeron, partieron sin dilación a poco más de media noche, llevando el jumentillo en que vino la Reina desde Nazaret, y con toda prisa caminaron hacia Egipto, como diré en el capítulo siguiente.

614. Y para concluir éste se me ha dado a entender la concordia de los dos Evangelistas San Mateo y San Lucas sobre este misterio; porque, como escribieron todos con la asistencia y luz del Espíritu Santo, con ella misma conocía cada uno lo que escribían los otros tres y lo que dejaban de decir, y de aquí es que por la divina voluntad escribieron todos cuatro algunas mismas cosas y sucesos de la vida de Cristo Señor nuestro y de la historia evangélica y en otras cosas escribieron unos lo que omitían otros, como consta del evangelio de San Juan y de los demás. San Mateo escribió la adoración de los Reyes y la fuga a Egipto (Mt 2, 1ss) y no la escribió San Lucas, y éste escribió la circuncisión y presentación y purificación (Lc 2, 2ss) que omitió San Mateo. Y así como San Mateo, en refiriendo la despedida de los Reyes magos, entra luego contando que el ángel habló a San José para que huyesen a Egipto (Mt 2, 13), sin hablar de la presentación, y no por eso se sigue que no presentaron primero al niño Dios, porque es cierto que se hizo después de pasados los Reyes y antes de salir para Egipto, como lo cuenta San Lucas (Lc 2, 22ss); así también, aunque el mismo San Lucas tras de la presentación y purificación escribe que se fueron a Nazaret (Lc 22ss), no por eso se sigue que no fueron primero a Egipto, porque sin duda fueron como lo escribe San Mateo, aunque lo omitió San Lucas que ni antes ni después escribió esta huida, porque ya estaba escrita

por San Mateo (Mt 2, 14). Y fue inmediatamente después de la presentación, sin que María santísima y San José volviesen primero a Nazaret. Y no habiendo de escribir San Lucas esta jornada, era forzoso para continuar el hilo de su historia que tras la presentación escribiera la vuelta a Nazaret. Y decir que acabado lo que mandaba la ley se volvieron a Galilea, no fue negar que fueran a Egipto sino continuar la narración dejando de contar la huida de Herodes. Y del mismo texto de San Lucas (19) se colige que la ida a Nazaret fue después que volvieron de Egipto, porque dice que el Niño crecía y era confortado con sabiduría y se conocía en él la gracia; lo cual no podía ser antes de los años cumplidos de la infancia, que era después de la venida de Egipto y cuando en los niños se descubre el principio del uso de la razón.

615. También se me ha dado a entender cuan estulto ha sido el escándalo de los infieles o incrédulos que comenzaron a tropezar en esta piedra angular, Cristo nuestro bien, desde su niñez, viéndole huir a Egipto para defenderse de Herodes, como si esto fuera falta de poder y no misterio para otros fines más altos que defender su vida de la crueldad de un hombre pecador. Bastaba para quietar el corazón bien dispuesto lo que el mismo evangelista dice (Mt 2, 15): Que se había de cumplir la profecía de Oseas, que dice en nombre del Padre eterno: *Desde Egipto llamé a mi Hijo* (Os 11, 1). Y los fines que tuvo en enviarle allá y en llamarle, son muy misteriosos y algo diré adelante (Cf. infra n. 641). Pero cuando todas las obras del Verbo humanado no fueran tan admirables y llenas de sacramentos, nadie que tenga sano juicio puede redargüir ni ignorar la suave Providencia con que Dios gobierna las causas segundas, dejando obrar a la voluntad humana según su libertad; y por esta razón, y no por falta de poder, consiente en el mundo tantas injurias y ofensas de idolatrías, herejías y otros pecados que no son menores que el de Herodes, y consintió el de Judas

Iscariotes y de los que de hecho maltrataron y crucificaron a Su Majestad; y claro está que todo esto lo pudo impedir y no lo hizo, no sólo por obrar la redención, mas porque consiguió este bien para nosotros dejando obrar a los hombres por la libertad de su voluntad, dándoles la gracia y auxilios que convenía a su Divina Providencia para que con ellos obraran el bien, si los hombres quisieran usar de su libertad para el bien, como lo hacen para el mal.

616. Con esta misma suavidad de su Providencia da tiempo y espera a la conversión de los pecadores, como se la dio a Herodes; y si usara de su absoluto poder e hiciera grandes milagros para atajar los efectos de las causas segundas, se confundiera el orden de la naturaleza y en cierto modo fuera contrario como autor de la gracia a sí mismo como autor de la naturaleza; y por esto los milagros han de ser raros y pocas veces, cuando hay causa o fin particular; que para esto los reservó Dios para sus tiempos oportunos, en que manifestase su omnipotencia y se conociese ser autor de todo y sin dependencia de las mismas cosas a quien dio el ser y da la conservación. Tampoco debe admirar que consintiese la muerte de los niños inocentes que degolló Herodes (Mt 2, 16), porque en esto no convino defenderlos por milagro, pues aquella muerte les granjeó la vida eterna con abundante premio; y ésta sin comparación vale más que la temporal, que se ha de posponer y perder por ella, y si todos los niños vivieran y murieran con la muerte natural por ventura no todos fueran salvos. Las obras del Señor son justificadas y santas en todo, aunque no luego alcancemos nosotros las razones de su equidad, pero en el mismo Señor las conoceremos cuando le veamos cara a cara.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

617. Hija mía, entre las cosas que para tu enseñanza debes advertir en este capítulo, sea la primera el humilde agradecimiento de los beneficios que recibes, pues entre las generaciones eres tan señalada y enriquecida con lo que mi Hijo y yo hacemos contigo, sin merecerlo tú. Yo repetía muchas veces el verso de Santo Rey David: *¿Qué daré al Señor por toda lo que me ha dado (Sal 115, 12)?* Y con este afecto agradecido me humillaba hasta el polvo, juzgándome por inútil entre las criaturas. Pues si conoces que yo hacía esto, siendo Madre verdadera del mismo Dios, pondera bien cuál es tu obligación, cuando con tanta verdad te debes confesar indigna y desmerecedora de lo que recibes, pobre para agradecerlo y pagarlo. Esta insuficiencia de tu miseria y debilidad has de suplir ofreciendo al eterno Padre la hostia viva de su Unigénito humanado y especialmente cuando le recibes sacramentado y le tienes en tu pecho; que en esto también imitarás a Santo Rey David, que después de la pregunta que decía de qué daría al Señor por lo que le había favorecido, el Señor respondía: *El cáliz de la salud recibiré e invocaré el nombre del Altísimo (Sal 115, 12)*. Has de recibir y obrar la salud de la salvación obrando lo que conduce a ella y dar el retorno con el perfecto proceder, invocar el nombre del Señor y ofrecerle su Unigénito, que es el que obró la virtud y la salud y el que la mereció y puede ser retorno adecuado de lo que recibió el linaje humano y tú singularmente de su poderosa mano. Yo le di forma humana para que conversase con los hombres y fuese de todos como propio suyo, y Su Majestad se puso debajo de las especies de pan y vino para apropiarse más a cada uno en singular y para que como cosa suya le gozase y ofreciese al Padre, supliendo las almas con esta oblación lo que sin ella no pudieran darle y quedando el Altísimo como satisfecho con ella, pues no puede querer otra cosa más aceptable ni pedirla a las criaturas.

618. Tras de esta oblación, es muy acepta la que hacen las almas abrazando y tolerando con igualdad de ánimo y sufrimiento paciente los trabajos y adversidades de la vida mortal, y de esta doctrina fuimos maestros eminentes mi Hijo santísimo y yo, y Su Majestad comenzó a enseñarla desde el instante que le concebí en mis entrañas, porque luego principiamos a peregrinar y padecer, y en naciendo al mundo sufrimos la persecución en el destierro a que nos obligó Herodes, y duró el padecer hasta morir Su Majestad en la cruz; y yo trabajé hasta el fin de mi vida, como en toda ella lo irás conociendo y escribiendo. Y pues tanto padecimos por las criaturas y para remedio suyo quiero que en esta conformidad nos imites, como esposa suya e hija mía, padeciendo con dilatado corazón y trabajando por aumentarle a tu Señor y Dueño la hacienda tan preciosa a su aceptación de las almas que compró con su vida y sangre. Nunca has de recatear trabajo, dificultad, amargura ni dolores, si por alguno de éstos puedes granjearle a Dios alguna alma o ayudarla a salir de pecado y mejorar su vida; y no te acobarde el ser tan inútil y pobre ni que se logra poco tu deseo y trabajo, que no sabes cómo lo aceptará el Altísimo y se dará por servido, y por lo menos tú debes trabajar oficiosamente y no comer el pan ociosa en su casa (Prov 31, 27).

CAPITULO 22

Comienzan la jornada a Egipto Jesús, María y José, acompañados de los espíritu angélicos, y llegan a la ciudad de Gaza.

619. Salieron de Jerusalén a su destierro nuestros peregrinos divinos, encubiertos con el silencio y oscuridad de la noche, pero llenos del cuidado que se debía a la prenda del cielo que consigo llevaban a tierra extraña y para ellos no conocida; y si bien la fe y la

esperanza los alentaba, porque no podía ser más alta y segura que la de nuestra Reina y de su fidelísimo esposo, mas con todo eso daba el Señor lugar a la pena, porque naturalmente era inexcusable en el amor que tenían al infante Jesús, y porque tampoco en particular no sabían todos los accidentes de tan larga jornada, ni el fin de ella, ni cómo serían recibidos en Egipto siendo extranjeros, ni la comodidad que tendrían para criar al niño y llevarle por todo el camino sin grandes penalidades. Trabajos y cuidados saltearon el corazón de los padres santísimos al partir con tanta prisa desde su posada, pero moderóse mucho este dolor con la asistencia de los cortesanos del cielo, que luego se manifestaron los diez mil arriba dichos (Cf. supra n. 589) en forma visible humana, con su acostumbrada hermosura y resplandor con que hicieron de la noche clarísimo día a los divinos caminantes, y saliendo de las puertas de la ciudad se humillaron y adoraron al Verbo humanado en los brazos de su Madre Virgen, y a ella la alentaron ofreciéndose a su servicio y obediencia de nuevo y que la acompañarían y guiarían en el camino por donde fuese la voluntad del Señor.

620. Al corazón afligido cualquiera alivio le parece estimable, pero éste, por ser grande, confortó mucho a nuestra Reina y a su esposo San José; y con mucho esfuerzo comenzaron sus jornadas, saliendo de Jerusalén por la puerta y camino que guía a Nazaret (en el autógrafo dice así, Nazaret, pero es sin duda un lapsus y quiere decir Belén, como se desprende de lo que sigue), y la divina Madre se inclinó con algún deseo de llegar al lugar del nacimiento, para adorar aquella sagrada cueva y pesebre que fue el primer hospicio de su Hijo santísimo en el mundo, pero los Santos Ángeles la respondieron al pensamiento antes de manifestarle, y la dijeron: Reina y Señora nuestra, Madre de nuestro Criador, conviene que apresuremos el viaje y sin divertirnos prosigamos el

camino, porque con la diversión de los Reyes magos sin volver por Jerusalén y después con las palabras del sacerdote Simeón y Ana se ha movido el pueblo y algunos han comenzado a decir que sois Madre del Mesías; otros, que tenéis noticia de él, y otros, que vuestro Hijo es profeta. Y sobre que los Reyes os visitaron en Belén, hay varios juicios, y de todo está informado Herodes y ha mandado que con gran desvelo os busquen y en esto se pondrá excesiva diligencia, y por esta causa os ha mandado el Altísimo partir de noche y con tanta prisa.

621. Obedeció la Reina del cielo a la voluntad del Todopoderoso declarada por sus ministros los Santos Ángeles, y desde el camino hizo reverencia al sagrado lugar del nacimiento de su Unigénito, renovando la memoria de los misterios que en él se habían obrado y de los favores que allí había recibido; y el Santo Ángel que estaba por guarda de aquel sagrado salió al camino en forma visible y adoró al Verbo humanado en los brazos de su divina Madre, con que recibió ella nuevo consuelo y alegría porque le vio y habló. Inclínose también el afecto de la piadosa Señora a tomar el camino de Hebrón, porque se desviaba muy poco del que llevaban y en aquella ocasión estaba en la misma ciudad Santa Isabel, su amiga y deuda, con su hijo San Juan Bautista; pero el cuidado de San José, que era de mayor temor, previno también este divertimiento y detención, y dijo a la divina esposa: Señora mía, yo juzgo que nos importa mucho no detener un punto la jornada, pero adelantarla todo lo posible para retirarnos luego del peligro, y por esto no conviene que vayamos por Hebrón donde más fácilmente nos buscarán que en otra parte.—Hágase vuestra voluntad —respondió la humilde Reina—, pero con ella pediré a uno de estos espíritus celestiales vaya a dar aviso a Isabel mi prima de la causa de nuestro viaje, para que ponga en cobro a su niño, porque la indignación de Herodes alcanzará hasta llegar a ellos.

622. Sabía la Reina del cielo el intento de Herodes para degollar los niños, aunque no lo manifestó entonces. Pero lo que aquí me admira es la humildad y obediencia de María santísima, tan raras y advertidas en todo, pues no sólo obedeció a San José en lo que él le ordenaba, sino en lo que le tocaba a ella sola, que era enviar el Ángel a Santa Isabel, no quiso ejecutarlo sin voluntad y obediencia de su esposo, aunque pudo ella por sí mentalmente enviarle y ordenarlo. Confieso mi confusión y tardanza, pues en la fuente purísima de las aguas que tengo a la vista no sacio mi sed, ni me aprovecho de la luz y ejemplar que en ella se me propone, aunque es tan vivo, tan suave, poderoso y dulce para obligar y atraer a todos a negar la propia y dañosa voluntad. Con la de su esposo despachó nuestra gran Maestra uno de los principales Ángeles que asistían para que diese noticia a Santa Isabel de lo que pasaba, y como superiora a los Ángeles en esta ocasión informó a su legado mentalmente de lo que había de decir a la santa matrona y al niño San Juan Bautista.

623. Llegó el Santo Ángel a la feliz y bendita Santa Isabel y conforme al orden y voluntad de su Reina la informó de todo lo que convenía. Dijola cómo la Madre del mismo Dios iba con él huyendo a Egipto de la indignación de Herodes y del cuidado que ponía en buscarle para quitarle la vida, y que por asegurar a San Juan Bautista le ocultase y pusiese en cobro y la declaró otros misterios del Verbo humanado, como se lo ordenó la divina Madre. Con esta embajada quedó Santa Isabel llena de admiración y gozo y dijo al Santo Ángel cómo deseaba salir al camino a adorar al infante Jesús y ver a su dichosa Madre, y preguntó si podría alcanzarlos. El Santo Ángel la respondió que su Rey y Señor humanado iba con la feliz Madre lejos de Hebrón y no convenía detenerlos; con que se despidió la santa de su

esperanza. Y dándole al Ángel dulces memorias para Hijo y Madre, quedó muy tierna y llorosa, y el paraninfo volvió a la Reina con la respuesta. Luego Santa Isabel despachó un propio a toda diligencia y con algunos regalos le envió en alcance de los divinos caminantes y les dio cosas de comer y dineros y con qué hacer mantillas para el Niño, previniendo la necesidad con que iban a tierra no conocida. Alcanzólos el propio en la ciudad de Gaza, que dista de Jerusalén poco menos de veinte horas de camino y está en la ribera del río Besor, camino de Palestina para Egipto, no lejos del mar Mediterráneo.

624. En esta ciudad de Gaza descansaron dos días, por haberse fatigado algo San José y el jumentillo en que iba la Reina, y de allí despidieron al criado de Santa Isabel sin descuidarse el santo esposo de advertirle no dijese a nadie dónde los había topado; pero con mayor cuidado previno Dios este peligro, porque le quitó de la memoria a aquel hombre lo que San José le encargó que callase y sólo la tuvo para volver la respuesta a su ama Santa Isabel. Y del regalo que envió a los caminantes hizo María santísima convite a los pobres, que no los podía olvidar la que era madre de ellos, y de las telas un mantillo para abrigar al Niño Dios y para San José otra capa acomodada para el camino y tiempo. Y previno otras cosas de las que podían llevar en su pobre recámara, porque en cuanto la prudentísima Señora podía hacer con su diligencia y trabajo no quería enseñar milagros para sustentar a su Hijo y a San José, que en esto se gobernaban por el orden natural y común, hasta donde llegaban sus fuerzas. En los dos días que estuvieron en aquella ciudad, para no dejarla sin grandes bienes, hizo María purísima algunas obras maravillosas: libró a dos enfermos de peligro de muerte, dándoles salud; a otra mujer baldada la dejó sana y buena; en las almas de muchos que la vieron y hablaron obró efectos divinos del conocimiento de Dios y mudanza de vida; y

todos sintieron grandes motivos de alabar al Criador; pero a nadie manifestaron su patria ni el intento del viaje, porque si con esta noticia se juntara la que daban sus obras admirables fuera posible que las diligencias de Herodes rastrearán su jornada y los siguieran.

625. Para manifestar lo que se me ha dado a conocer de las obras que por el camino hacían el infante Jesús y su Madre Virgen, me faltan las palabras dignas y mucho más la devoción y peso que piden tan admirables y ocultos sacramentos. Siempre servían los brazos de María purísima de lecho regalado al nuevo y verdadero rey Salomón (Cant 3, 7). Y mirando ella los secretos de aquella humanidad y alma santísima, sucedía algunas veces que Hijo y Madre, comenzando él, alternaban dulces coloquios y cánticos de alabanza, engrandeciendo primero el infinito ser de Dios con todos sus atributos y perfecciones. Y para estas obras daba Su Majestad a la Madre reina nueva luz y visiones intelectuales, en que conocía el misterio altísimo de la unidad de la esencia en la trinidad de las personas; las operaciones *ad intra* de la generación del Verbo y procesión del Espíritu Santo; cómo siempre son y fueron el Verbo engendrado por obra del entendimiento y el Espíritu Santo inspirado por obra de la voluntad, no porque allí hay sucesión de antes y después, porque todo es junto en la eternidad, sino porque nosotros lo conocemos al modo de la duración sucesiva del tiempo. Entendía también la gran Señora cómo las tres personas se comprenden recíprocamente con un mismo entender y cómo conocen a la persona del Verbo unida a la humanidad y los efectos que en ella resultan de la divinidad unida.

626. Con esta ciencia tan alta descendía de la divinidad a la humanidad, y ordenaba nuevos cánticos en alabanza y agradecimiento de haber criado aquella alma y humanidad santísima, en alma y cuerpo perfectísima; el

alma llena de sabiduría, gracia y dones del Espíritu Santo con la plenitud y abundancia posible; el cuerpo purísimo y en sumo grado bien dispuesto y complexionado. Y luego miraba todos los actos tan heroicos y excelentes de sus potencias, y habiéndolos imitado todos respectivamente pasaba a bendecirle y darle gracias por haberla hecho Madre suya, concebida sin pecado, escogida entre millares, engrandecida y enriquecida con todos los favores y dones de su diestra poderosa que caben en pura criatura. En la exaltación y gloria de éstos y otros sacramentos que en ellos se encierran hablaba el Niño y respondía la Madre lo que no cabe en lengua de Ángeles ni en pensamiento de ninguna criatura. Y a todo esto atendía la divina Señora, sin faltar al cuidado de abrigar al Niño, darle leche tres veces al día, de regalarle y acariciarle como madre más amorosa y atenta que todas juntas las otras madres con sus hijos.

627. Otras veces le hablaba y decía: **Dulcísimo amor e Hijo mío, dadme licencia para que os pregunte y manifieste mi deseo, aunque vos, Señor mío, le conocéis, pero para consuelo de oír vuestras palabras en responderme decidme, vida de mi alma y lumbre de mis ojos, si os fatiga el trabajo del camino y os afligen las inclemencias del tiempo y elementos y qué puedo hacer yo en servicio y alivio de vuestras penas.—Respondió el Niño Dios: Los trabajos, Madre mía, y el fatigarme por el amor de mi Padre eterno y de los hombres, a quienes vengo a enseñar y redimir, todos se me hacen fáciles y muy dulces y más en vuestra compañía.—Lloraba el Niño algunas veces con serenidad muy grave y de varón perfecto y afligida la amorosa Madre atendía luego a la causa buscándola en su interior que conocía y miraba, y allí entendía que eran lágrimas de amor y compasión por el remedio de los hombres y por sus ingratitudes; y en está pena y llanto también le acompañaba la dulce Madre y solía, como compasiva tórtola, acompañarle en**

el llanto y como piadosa madre le acariciaba y le besaba con incomparable reverencia. El dichoso San José atendía muchas veces a estos misterios tan divinos y de ellos tenía alguna luz con que aliviaba el cansancio del camino. Otras veces hablaba con su esposa, preguntándole cómo iba y si gustaba de alguna cosa para sí o para el niño y se llegaba a Él y le adoraba besándole el pie y pidiéndole la bendición y algunas veces le tomaba en sus brazos. Con estos consuelos entretenía dulcemente el gran Patriarca las molestias del camino y su divina esposa le alentaba y animaba, atendiendo a todo con magnánimo corazón, sin embarazarle la atención interior para el cuidado de lo visible, ni esto para la altura de sus encumbrados pensamientos y frecuentes afectos, porque en todo era perfectísima.

Doctrina de la divina Madre y Señora.

628. Hija mía carísima, para la imitación y ciencia que en ti quiero sobre lo que has escrito, te será ejemplar la admiración y afectos que hacía en mi alma la luz divina con que conocía a mi Hijo santísimo sujetarse de voluntad al furor inhumano de los malos hombres, como sucedió con Herodes en esta ocasión que fuimos huyendo de su ira y después a los malos ministros de los pontífices y magistrados. En todas las obras del Altísimo resplandece su grandeza, su bondad y sabiduría infinita, pero lo que más admiraba mi entendimiento era cuando conocía a un mismo tiempo con luz altísima el ser de Dios en la persona del Verbo unida a la humanidad y que era mi Hijo santísimo Dios eterno, todopoderoso, infinito y criador de todo y conservador, y que no sólo de este beneficio pendía la vida y ser de aquel inicuo rey, pero que la humanidad santísima pedía y rogaba al Padre para que al mismo tiempo le diese inspiraciones, auxilios y muchos bienes, y que siéndole tan fácil

castigarle no lo hizo, sino que con sus súplicas le alcanzó no lo fuese efectivamente y según su malicia. Y aunque al fin se perdió como prescito y pertinaz, pero tiene menos pena que le dieran si mi Hijo santísimo no hubiera rogado por él. Todo esto, y lo que aquí se encierra de la incomparable misericordia y mansedumbre de mi Hijo santísimo, procuré yo imitar, porque como maestro me enseñaba con obras lo que después había de amonestar con ejemplo, palabras y ejecuciones del amor de los enemigos. Y cuando conocía yo que ocultaba y disimulaba su poder infinito y siendo león invencible se dejaba como cordero humilde y mansísimo al furor de los lobos carniceros, mi corazón se deshacía y desfallecían mis fuerzas, deseando amarle e imitarle y seguirle en su amor y caridad, paciencia y mansedumbre.

629. Este ejemplar te propongo para que siempre le lleves delante y entiendas cómo y hasta dónde debes sufrir, padecer, perdonar y amar a quien te ofendiere, pues ni tú ni las demás criaturas estáis inocentes y sin alguna culpa y muchos con repetidas y graves para merecerlo. Pero si por medio de las persecuciones has de conseguir el grande bien de esta imitación, ¿qué razón habrá para que no las aprecies por grande dicha y ames a quien te ocasiona lo sumo de la perfección y agradezcas este beneficio, no juzgando por enemigo antes por bienhechor tuyo a quien te pone en ocasión de lo que tanto te importa? Con el objeto que se te ha propuesto no tendrás disculpa si en esto faltas, pues te le hace como presente la divina luz y lo que de él conoces y penetras.

CAPITULO 23

Prosiguen las jornadas Jesús, María y José de la ciudad de Gaza hasta Heliópolis de Egipto.

630. El día tercero después que nuestros peregrinos llegaron a Gaza partieron de aquella ciudad para Egipto y dejando luego los poblados de Palestina se metieron en los desiertos arenosos que se llaman de Bersabé, encaminándose por espacio de sesenta leguas y más de despoblados para llegar a tomar asiento en la ciudad de Heliópolis, que ahora se llama El Cairo de Egipto. En este desierto peregrinaron algunos días, porque las jornadas eran cortas, así por la descomodidad del camino tan arenoso como por el trabajo que padecieron con la falta de abrigo y de sustento. Y porque fueron muchos los sucesos que en esta soledad tuvieron diré algunos de donde se entenderán otros, porque todos no es necesario referirlos. Y para conocer lo mucho que padecieron María y José y también el infante Jesús en esta peregrinación, se debe suponer que dio lugar el Altísimo para que su Unigénito humanado con su Madre santísima y San José sintiesen las molestias y penalidades de este destierro. Y aunque la divina Señora las padecía con pacificación, pero se afligió mucho sin perderla, y lo mismo respectivamente su fidelísimo esposo, porque entrambos padecieron muchas incomodidades y molestias en sus personas, y mayores en el corazón de la Madre por las de su Hijo y de José, y él por las del Niño y de la esposa y que no podía remediarlos con su diligencia y trabajo.

631. Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado, y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de febrero, comenzándola seis días después de la purificación, como se infiere de lo que dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 909, 613). La primera noche que se hallaron solos en aquellos campos se arrimaron a la falda de un montecilio, que fue sólo el recurso que tuvieron, y la Reina del cielo con su niño en los brazos se sentó en la tierra y allí tomaron algún

aliento y cenaron de lo que llevaban desde Gaza; y la Emperatriz del cielo dio el pecho a su infante Jesús y Su Majestad con semblante apacible consoló a la Madre y su esposo; cuya diligencia con su propia capa y unos palos formó un tabernáculo o pabellón para que el Verbo divino y María santísima se defendiesen algo del sereno, abrigándolos con aquella tienda de campo tan estrecha y humilde; y la misma noche los diez mil Ángeles que con admiración asistían a los peregrinos del mundo hicieron cuerpo de guardia a su Rey y Reina, cogiéndolos en medio de una rueda o circuito que formaron en cuerpo visible humano. Conoció la gran Señora que su Hijo santísimo ofrecía al Padre eterno aquel desamparo y trabajos y los de la misma Madre y San José, y en esta ocasión y los demás actos que aquella alma deificada hacía le acompañó la Reina lo más de la noche, y el Niño Dios durmió un poco en sus brazos, pero ella siempre estuvo en vela y coloquios divinos con el Altísimo y con los Ángeles; y el Santo José se recostó en la tierra, la cabeza sobre la arquilla de las mantillas y pobre ropa que llevaban.

632. Prosiguieron el día siguiente su camino y luego les faltó en el viaje la prevención de pan y algunas frutas que llevaban, con que la Señora del cielo y tierra y su santo esposo llegaron a padecer grande y extrema necesidad y a sentir el hambre, y aunque la padeció mayor San José, pero entrambos la sintieron con harta aflicción. Un día sucedió, a las primeras jornadas, que pasaron hasta las nueve de la noche sin haber tomado cosa alguna de sustento, aun de aquel pobre y grosero mantenimiento que comían y después del trabajo y molestia del camino cuando necesitaba más la naturaleza de ser refrigerada, y como no se podía suplir esta necesidad con ninguna diligencia humana, la divina Señora convertida al Altísimo dijo: Dios eterno, grande y poderoso, yo os doy gracias y bendigo por las magníficas

obras de vuestro beneplácito y porque sin merecerlo yo por sola vuestra dignación me disteis el ser, vida y con ella me habéis conservado y levantado, siendo polvo e inútil criatura. No he dado por estos beneficios el digno retorno, pues ¿cómo pediré para mí lo que no puedo recompensar? Pero, Señor y Padre mío, mirad a vuestro Unigénito y concededme con qué le alimente la vida natural y también la de mi esposo, para que con ella sirva a Vuestra Majestad y yo a vuestra Palabra hecha carne (Jn 1, 14) por la salvación humana.

633. Para que estos clamores de la dulcísima Madre naciesen de mayor tribulación, dio lugar el Altísimo a los elementos para que con sus inclemencias los afligiesen sobre el hambre, cansancio y desamparo, porque se levantó un temporal de agua y vientos muy destemplados que los cegaba y fatigaba mucho. Este trabajo afligió más a la piadosa y amorosa Madre por el cuidado del Niño Dios, tan delicado y tierno, que aún no tenía cincuenta días, y aunque le cubrió y abrigó cuanto pudo, pero no bastó para que como verdadero hombre no sintiese la inclemencia y rigor del tiempo, manifestándolo con llorar y tiritar de frío (por los pecados de los hombre y para su salvación), como lo hicieran los demás niños hombres puros. Entonces la cuidadosa Madre, usando del poder de Reina y Señora de las criaturas, mandó con imperio a los elementos que no ofendiesen a su mismo Criador, sino que le sirviesen de abrigo y refrigerio y que con ella ejecutasen el rigor. Sucedió así, como en las ocasiones que arriba dije (Cf. supra n. 543, 544, 590) del nacimiento y camino de Jerusalén, porque luego se templó el viento y cesó la cellisca sin llegar a donde estaban Hijo y Madre. Y en retorno de este amoroso cuidado, el infante Jesús mandó a sus Ángeles que diesen a su amantísima Madre y la sirviesen de cortina, que la abrigasen del rigor de los elementos. Hiciéronlo al punto, y formando un globo de resplandor

muy denso y hermoso por extremo, encerraron en él a su Dios humanado y a la Madre y esposo, dejándolos más guarnecidos y defendidos que estuvieran con los palacios y paños ricos de los poderosos del mundo; y esto mismo hicieron otras veces en aquel desierto.

634. Pero faltábales la comida y afligíales la necesidad que con humana industria era irreparable, y dejándolos llegar el Señor a este punto e inclinado a las peticiones justas de su esposa, los proveyó por mano de los mismos Ángeles, porque luego les trajeron pan suavísimo y frutas muy hermosas y sazonadas y a más de esto un licor dulcísimo, y los mismos Ángeles se lo administraron y sirvieron. Y después todos juntos hacían cánticos de gracias y alabando al Señor que da alimento a toda carne (Sal 135, 25) en tiempo que sea oportuno, para que los pobres coman y sean saciados (Sal 21, 27), porque sus ojos y esperanzas están puestas en su real Providencia y largueza (Sal 144, 15). Estos fueron los platos delicados con que regaló el Señor desde su mesa a sus tres Peregrinos y desterrados en el desierto de Bersabé (3 Re 19, 3), que fue el mismo donde Elias huyendo de Jezabel fue confortado con el subcinericio pan que le dio el Ángel del Señor para llegar hasta el monte Horeb. Pero ni este pan, ni el que antes le habían servido milagrosamente los cuervos con carnes que comiese a la mañana y a la tarde en el torrente de Carit, ni el maná que llovió del cielo a los israelitas (Ex 16, 13), aunque se llamaba pan de ángeles y llovido del cielo; ni las codornices que las trajo el viento áfrico, ni el pabellón de nube (Num 10, 34) con que eran refrigerados, ninguno de estos alimentos y beneficios se puede comparar con lo que hizo el Señor en este viaje con su Unigénito humanado, con la divina Madre y su esposo. No eran estos favores para alimentar a un profeta y pueblo ingrato y tan mal mirado, mas para dar vida y alimento al mismo Dios hecho hombre y a su verdadera Madre y para conservar la vida natural de

donde estaba pendiente la eterna de todo el linaje humano. Y si este manjar divino era conforme a la excelencia de los convidados, así también el agradecimiento y correspondencia era excesiva y muy según la grandeza del beneficio. Y para que fuese todo más oportuno, siempre consentía el Señor que la necesidad llegase al extremo y que ella misma pidiese el socorro del cielo.

635. Alégrese con este ejemplo los pobres y no desmayen los hambrientos, esperen los desamparados, y nadie se querelle de la divina Providencia por afligido y menesteroso que se halle. ¿Cuándo faltó el Señor a quien espera en él? ¿Cuándo volvió su paternal rostro a los hijos contristados y pobres? Hermanos somos de su Unigénito humanado, hijos y herederos de sus bienes y también hijos de su Madre piadosísima. Pues, ¡oh hijos de Dios y de María santísima!, ¿cómo desconfiáis de tales Padres en vuestra pobreza? ¿Por qué les negáis a ellos esta gloria y a vosotros el derecho de que os alimenten y socorran? Llegad, llegad con humildad y confianza, que los ojos de vuestros Padres os miran, sus oídos oyen el clamor de vuestra necesidad y las manos de esta Señora están extendidas al pobre y sus palmas abiertas al necesitado (Prov 31, 20). Y vosotros, ricos de este siglo, ¿por qué o cómo confiáis en solas vuestras inciertas riquezas (1 Tim 6, 17), con peligro de desfallecer en la fe y granjeando de contado gravísimos cuidados y dolores, como os amenaza el Apóstol? No confesáis ni profesáis en la codicia ser hijos de Dios y de su Madre, antes lo negáis con las obras y os reputáis por espurios o hijos de otros padres, porque el verdadero y legítimo sólo sabe confiar en el cuidado y amor de sus padres verdaderos y les agravia si pone su esperanza en otros, no sólo extraños pero enemigos. Esta verdad me enseña la divina luz y me compele la caridad a decirla.

636. No sólo cuidaba el altísimo Padre de alimentar a nuestros peregrinos, pero también de recrearlos visiblemente para alivio de la molestia del camino y prolija soledad. Y sucedía algunas veces, que llegando la divina Madre a descansar y sentarse en el suelo con su infante Dios, venían de las montañas a ella mucho número de aves, como en otra ocasión dije (Cf. supra n. 185), y con suavidad de gorjeos y variedad de sus plumas la entretenían y recreaban y se le ponían en los hombros y en las manos, para regalarse con ella. Y la prudentísima Reina las admitía y convidaba, mandándoles que reconociesen a su Criador y le hiciesen cánticos y reverencia en agradecimiento de que les había criado tan hermosas y vestidas de plumas para gozar del aire y de la tierra y con sus frutos las daba cada día su vida y conservación con el alimento necesario. A todo esto obedecían las aves con movimientos y cánticos dulcísimos, y con otros más dulces y sonoros para el infante Jesús le hablaba la amorosa Madre, alabándole, bendiciéndole y reconociéndole por su Dios y por su Hijo y Autor de todas las maravillas. A estos coloquios tan llenos de suavidad ayudaban también los Santos Ángeles, alternando con la gran Señora y con aquellas simples avecillas, y todo hacía una armonía más espiritual que sensible, de admirable consonancia para la criatura racional.

637. Otras veces la divina Princesa hablaba con el niño y le decía: Amor mío y lumbre de mi alma, ¿cómo aliviaré yo vuestro trabajo? ¿Cómo excusaré vuestra molestia? Y ¿cómo haré que no sea penoso para vos este camino tan pesado? ¡Oh quién os llevara no en los brazos, sino en mi pecho y de él pudiera hacer blando lecho en que sin molestia fuerais reclinado!—Respondía el dulcísimo Jesús: Madre mía querida, muy aliviado voy en vuestros brazos, descansado en vuestro pecho, gustoso con vuestros afectos y regalado con vuestras palabras.—

Otras veces, Hijo y Madre se hablaban con el interior y se respondían, y estos coloquios eran tan altos y divinos que no caben en nuestras palabras. Al santo esposo José le alcanzaban muchos de estos misterios y consuelos, con que se le hacía fácil el camino y olvidaba sus molestias y sentía la suavidad y dulzura de su deseable compañía, aunque no sabía ni oía que el Niño hablaba sensiblemente con la Madre, porque este favor era para ella sola por entonces, como dije arriba (Cf. supra n. 577), y en este modo prosiguieron nuestros desterrados su camino para Egipto.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima Señora nuestra.

638. Hija mía, así como los que conocen al Señor saben esperar en él (Sal 9, 11), así los que no esperan en su bondad y amor inmenso no tienen perfecto conocimiento de Su Majestad, y al defecto de la fe y esperanza se sigue el no amarle y luego poner el amor donde está la confianza, muy alto concepto y estimación. Y en este error consiste todo el daño y ruina de los mortales, porque de la bondad infinita que les dio el ser y conservación hacen tan bajo concepto, que por esto no saben poner en Dios toda su confianza, y desfalleciendo en ella falta el amor que le debían y le convierten a las criaturas y confían y aprecian en ellas lo que apetecen, que es el poder, las riquezas, el fausto y la vanidad (y placeres pecaminosos). Y aunque los fieles pueden ocurrir a este daño con la fe y esperanza infusa, pero todos las dejan muertas y ociosas y sin usar de ellas se abaten a las cosas bajas: y unos esperan en las riquezas, si las tienen; otros las codician, si no las poseen; otros las procuran por camino y medios muy perversos; otros confían en los poderosos y los lisonjean y aplauden; con que vienen a ser muy pocos los que le quedan al Señor que le merezcan su cuidadosa Providencia y se fíen de

ella y le conozcan por Padre que cuida de sus hijos y los alimenta y conserva, sin desamparar a ninguno en la necesidad.

639. Este engaño tenebroso ha dado al mundo tantos amadores y le ha llenado de avaricia y concupiscencia contra la voluntad y gusto del Criador y ha hecho desatinar a los hombres en lo mismo que desean o lo menos debían desear; porque todos comúnmente confiesan que desean las riquezas y bienes temporales para remediar su necesidad, y dicen esto porque no debían desear otra cosa, pero en hecho de verdad mienten muchos porque apetecen lo superfluo y no necesario, para que sirva no a la natural necesidad, sino a la soberbia del mundo. Pero si desearan los hombres sólo aquello que con verdad necesitan, fuera desatino poner su confianza en las criaturas y no en Dios, que con infalible Providencia acude hasta a los polluelos de los cuervos (Sal 149,9), como si sus claznidos fueran voces que llaman a su Criador. Con esta seguridad no pude yo temer en mi destierro y larga peregrinación, y porque fiaba del Señor acudía su providencia en el tiempo del aprieto. Y tú, hija mía, que conoces esta gran providencia, no te aflijas sin modo en las necesidades, ni faltes a tus obligaciones por buscar medios para socorrerles, ni confíes en diligencias humanas ni en criaturas, pues habiendo hecho lo que te toca, el medio eficaz es fiar del Señor, sin turbarte ni alterarte y esperar con paciencia, aunque se dilate algo el remedio, que siempre llegará en el tiempo más conveniente y oportuno (Sal 144, 15) y cuando más se manifieste el paternal amor del Señor; como sucedió conmigo y mi esposo en nuestra necesidad y pobreza.

640. Los que no sufren con paciencia y no quieren padecer necesidad y los que se convierten a cisternas disipadas (Jer 2, 13) confiando en la mentira y en los

poderosos, los que no se satisfacen con lo moderado y apetecen con ardiente codicia lo que no han menester para la vida y los que tenazmente guardan lo que tienen para que no les falte, negando a los pobres la limosna que se les debe, todos éstos pueden temer con razón que les faltará aquello que no pueden aguardar de la Providencia divina, si ella fuera tan escasa en dar como ellos en esperar y en dar por su amor al necesitado; pero el Padre verdadero, que está en los cielos, hace que nazca el sol sobre los justos e injustos y da la lluvia sobre los buenos y los malos (Mt 5, 45) y acude a todos dándoles vida y alimento. Pero así como los beneficios son comunes a buenos y malos, así el dar mayores bienes temporales a unos y negarlos a otros no es regla del amor que Dios les tiene, porque antes quiere pobres a los escogidos y predestinados (Sant 2, 5): lo uno, porque adquieran mayores merecimientos y premios; lo otro, porque no se enreden con el amor de los bienes temporales, porque son pocos los que saben usar bien de ellos y poseerlos sin desordenada codicia. Y aunque no teníamos este peligro mi Hijo santísimo y yo, pero quiso Su Majestad con el ejemplo enseñar a los hombres esta divina ciencia en que les va la vida eterna.

CAPITULO 24

Llegan a Egipto los peregrinos Jesús, María y José con algún rodeo hasta la ciudad de Heliópolis y suceden grandes maravillas.

641. Ya toqué arriba (Cf. supra n. 615) que la fuga del Verbo humanado tuvo otros misterios y más altos fines que retirarse de Herodes y defenderse de su ira, porque esto antes fue medio que tomó el Señor para irse a Egipto y obrar allí las maravillas que hizo, de que hablaron los antiguos profetas, y muy expresamente Isaías (Is 19, 1), cuando dijo que subiría el Señor sobre una nube ligera y

entraría en Egipto y se moverían los simulacros de Egipto delante de su cara y se turbaría el corazón de los egipcios en medio de ellos, y otras cosas que contiene aquella profecía y sucedieron por los tiempos del nacimiento de Cristo nuestro Señor. Pero dejando lo que no pertenece a mi intento, digo que, prosiguiendo su peregrinación Jesús, María y José en la forma que queda declarado, llegaron con sus jornadas a la tierra y poblados de Egipto. Y para llegar a tomar asiento en Heliópolis fueron guiados por los Ángeles, ordenándolo el Señor, con algún rodeo, para entrar primero en otros muchos lugares donde Su Majestad quería obrar algunas maravillas y beneficios de los que había de enriquecer a Egipto. Y así gastaron en estos viajes más de cincuenta días, y desde Belén o Jerusalén anduvieron más de doscientas leguas, aunque por otro camino más derecho no fuera necesario caminar tanto a donde tomaron asiento y domicilio.

642. Eran los egipcios muy dados a la idolatría y supersticiones que de ordinario la acompañan y hasta los pequeños lugares de aquella provincia estaban llenos de ídolos; de muchos había templos y en ellos vivían varios demonios, a donde acudían los infelices moradores a adorarles con sacrificios y ceremonias ordenadas por los mismos demonios y les daban respuestas y oráculos a sus preguntas de que la gente estulta y supersticiosa se dejaba llevar ciegamente. Con estos engaños vivían tan dementados y asidos a la adoración del demonio, que era menester el brazo fuerte del Señor que es el Verbo humanado para rescatar aquel pueblo desamparado y sacarle de la opresión en que le tenía Lucifer, más dura y peligrosa que en la que pusieron ellos al pueblo de Dios (Ex 1, 6ss). Para alcanzar este vencimiento del demonio y alumbrar a los que vivían en la región y sombra de la muerte (Lc 1, 79) y que aquel pueblo viese la luz grande que dijo Isaías (Is 9, 2),

determinó el Altísimo que el Sol de Justicia Cristo, a pocos días de su nacimiento, apareciese en Egipto en los brazos de su felicísima Madre y que fuese girando y rodeando la tierra para ilustrarla toda con la virtud de su divina luz.

643. Llegó, pues, el infante Jesús con su Madre y San José a la tierra poblada de Egipto, y al entrar en los lugares el Niño Dios en los brazos de la Madre, levantando los ojos al cielo y puestas sus manos oraba al Padre y pedía por la salud de aquellos moradores cautivos del demonio y luego sobre los que allí estaban en los ídolos usaba de la potestad divina y real y los lanzaba y arrojaba al profundo, y como rayos despedidos de la nube salían y bajaban hasta lo más remoto de las cavernas infernales y tenebrosas. Al mismo punto con grande estrépito caían los ídolos, se hundían los templos y se arruinaban los altares de la idolatría. La causa de prodigiosos efectos era notoria a la divina Señora, que acompañaba a su Hijo santísimo en sus peticiones como cooperadora en todo de la salvación humana. San José también conocía que todas éstas eran obras del Verbo humanado y por ellas, con admiración santa, le bendecía y alababa. Pero los demonios, aunque sentían la fuerza del poder de Dios, no conocían de dónde salía aquella virtud.

644. Admirábanse los pueblos de los gitanos (egipcios) con tan impensada novedad, aunque entre los más sabios había alguna luz o tradición recibida de los antiguos, desde el tiempo que Jeremías (Jer 43, 8-13) estuvo en Egipto, de que un Rey de los judíos vendría a aquel reino y serían destruidos los templos de los ídolos de Egipto. Pero de esta venida no tenían noticia los del pueblo ni tampoco los sabios del modo cómo había de suceder, y así era común el temor y confusión de todos, porque se turbaron y temieron, conforme a la profecía de Isaías (Is

9, 1). Con esta mutación, preguntándose unos a otros, llegaban algunos a nuestra gran Reina y Señora y a San José y con la curiosidad de ver los forasteros hablaban con ellos de la ruina de sus templos y dioses que adoraban. Y tomando ocasión de estas preguntas la Madre de la sabiduría comenzó a desengañar aquellos pueblos, dándoles noticia del verdadero Dios y enseñándoles que sólo él era único y Criador del cielo y de la tierra y el que debía ser sólo adorado y reconocido por Dios, y que los demás eran falsos y mentirosos y que no se distinguían de los maderos o barro o metales de que eran formados, ni tenían ojos ni oídos ni poder alguno, y que los mismos artífices los podían deshacer y destruir como los hicieron y también cualquiera otro hombre, porque todos eran más nobles y poderosos, y que las respuestas que daban eran de los demonios que en ellos estaban, mentirosos y engañosos, y no tenían virtud verdadera porque sólo Dios era verdadero.

645. Como la divina Señora era tan suave y dulce en sus palabras y ellas tan vivas y eficaces, su semblante tan apacible y amable y los efectos de sus pláticas eran tan saludables, con esto corría la voz de los forasteros y peregrinos en los lugares donde llegaban y concurría harta gente a verlos y a oírlos. Y como al mismo tiempo obraba la oración y petición del Verbo humanado y les granjeaba grandes auxilios y sucedía la novedad de arruinarse los ídolos, era increíble la conmoción de la gente y la mudanza de los corazones, convirtiéndose al conocimiento del verdadero Dios y haciendo penitencia de los pecados, sin saber de dónde ni por qué medio les venía este bien. Prosiguieron Jesús y María por muchos pueblos de Egipto, obrando estas maravillas y otras muchas, desterrando los demonios no sólo de los ídolos, sino también de muchos cuerpos que tenían poseídos, curando muchos enfermos de grandes y peligrosas enfermedades y alumbrando los corazones de varias

gentes y catequizando y enseñando la divina Señora y San José el camino de la verdad y vida eterna. Y con estos beneficios temporales y otros a que tanto se mueve el vulgo ignorante y terreno, eran traídos muchos a oír la enseñanza y doctrina de la vida y salud de sus almas.

646. Llegaron a la ciudad de Hermópolis, que está hacia la Tebaida, y algunos la llaman ciudad de Mercurio. Había en ella muchos ídolos y demonios muy poderosos, y en particular asistía uno en un árbol que estaba a la entrada de la ciudad; que de haberle venerado los vecinos por su grandeza y hermosura, tomó ocasión el demonio para usurpar aquella adoración colocando su silla en aquel árbol. Y cuando llegó el Verbo humanado a su vista, no sólo dejó el demonio aquel asiento derribado al profundo, pero el árbol se inclinó hasta el suelo como agradecido de su suerte, porque aun las criaturas insensibles testificasen cuan tirano dominio es el de este enemigo. Y el milagro de inclinarse los árboles sucedió otras veces en el camino por donde pasaba su Criador, aunque no quedó memoria de todos, pero esta maravilla de Hermópolis perseveró muchos siglos, porque después las hojas y fruto de aquel árbol curaban de varias enfermedades. Y de este milagro escribieron algunos autores (Cf. por ejemplo, Nicéforo (L. 10 c. 31), Sozomeno (L. 5 c. 20), Brocardo (*Descriptio Terrae Sanctae*, p. II c. 4), como también de otro de los que sucedieron en las ciudades por donde pasaban con la venida y habitación del Verbo encarnado y de su Madre santísima en aquella tierra; como de una fuente que está cerca de El Cairo, donde la divina Señora cogió agua y bebió ella y el niño y lavó sus mantillas; que todo esto fue verdad, y hasta ahora ha durado la tradición y veneración de aquellas maravillas, no sólo entre los fieles que visitan los lugares santos, pero entre los mismos infieles que a tiempos reciben algunos beneficios temporales de la mano del Señor, o para justificar con

ellos más su causa, o para que se conserve aquella memoria. También la hay de otros lugares donde estuvieron y obraron grandes maravillas, pero no es necesario hacer ahora aquí relación de ellas, porque su principal asistencia mientras estuvieron en Egipto fue en la ciudad de Heliópolis, que no sin misterio se llama Ciudad del Sol y ahora le dicen El Gran Cairo.

647. Escribiendo estas maravillas, pregunté a la gran Reina del cielo con admiración cómo con el niño Dios había peregrinado tantas tierras y lugares no conocidos, pareciéndome que por esta causa se habían aumentado mucho sus trabajos y penalidades. Respondióme Su Majestad: No te admires de que para granjear tantas almas peregrinásemos mi Hijo santísimo y yo, pues por una sola, si fuera necesario, rodeáramos todo el mundo si no hubiera otro remedio.—Pero si nos parece mucho lo que hicieron por la salud humana, es porque ignoramos el inmenso amor con que nos amaron y porque tampoco sabemos amar nosotros en retorno de esta deuda.

648. Con la novedad que sintió el infierno, viendo bajar a él tanto número de demonios arrojados con nueva y extraña virtud para ellos, se alteró mucho Lucifer y abrasándose en el fuego de su furor salió al mundo, discurriendo por muchas partes para investigar la causa de tan nuevos sucesos. Pasó por todo Egipto, donde habían caído los templos y altares con sus ídolos, y llegando a Heliópolis, que era mayor ciudad y por eso en ella había sido más notable la destrucción de su imperio, procuró saber y examinar con grande atención qué gente había en ella. Y no halló novedad en que topar, mas de que María santísima había venido a aquella ciudad y tierra, porque del infante Jesús no hizo consideración juzgándole niño como los demás sin diferencia, porque él no la conocía. Pero como de las virtudes y santidad de la prudente Madre y Virgen había sido vencido tantas

veces, entró en nuevos recelos, aunque le parecía poco una mujer para tan grandes obras, pero con todo eso determinó de nuevo perseguirla y valerse para esto de sus ministros de maldad.

649. Volvió luego al infierno y convocando un conciliábulo de los príncipes de tinieblas les dio cuenta de la ruina de los ídolos y templos de Egipto; porque los demonios, cuando salieron de ellos, fueron arrojados por el poder divino con tanta presteza, confusión y pena, que no percibieron lo que sucedía a los ídolos y lugares que dejaban, pero Lucifer, informándoles de todo lo que pasaba y que su imperio se iba destruyendo en todo Egipto, les dijo que no hallaba ni comprendía la causa de su ruina, porque sólo había topado en aquella tierra la mujer su enemiga —así la llamaba el dragón a María santísima—, de cuya virtud, aunque conocía era muy señalada, no presumía tan grande fuerza como habían experimentado en aquella ocasión, pero con todo eso determinaba hacerle nueva guerra y que todos se previniesen para ella. Respondieron los ministros de Lucifer que estaban prontos para obedecerle y consolándole en su desesperado furor le ofrecieron la victoria, como si fueran sus fuerzas iguales a su arrogancia (Is 16, 6).

650. Salieron juntas del infierno muchas legiones y se encaminaron para Egipto, a donde estaba la Reina de los cielos, pareciéndoles que si la vencían, sólo con este triunfo restauraban su pérdida y recuperarían todo lo que en aquel miserable reino les había quitado el poder de Dios, de quien sospechaban era instrumento María santísima. Y pretendiendo llegarse a tentarla conforme a sus intentos diabólicos, fue cosa maravillosa que no pudieron acercarse a ella por más de dos mil pasos de distancia, porque los detenía ocultamente la virtud divina que reconocían salía de hacia la misma Señora. Y aunque

Lucifer y los demás enemigos forcejaban y porfiaban, eran debilitados y detenidos como en fuertes prisiones que los atormentaban, sin poderse alargar a donde estaba la invictísima Reina mirándolo todo con el poder del mismo Dios en sus brazos. Y perseverando Lucifer en esta contienda, fue repentinamente otra vez lanzado en el profundo con todos sus escuadrones de maldad. Esta opresión y arruinamiento dio gran tormento y cuidado al dragón, y como en estos días, después de la encarnación, se habían repetido algunas, como queda dicho (Cf. supra n. 130, 318, 370, 643), dio en sospechar si el Mesías era venido al mundo. Mas como le estaba oculto el misterio y él le aguardaba muy patente y ruidoso, quedaba siempre confuso y equivocado, lleno de furor y rabia que le atormentaba, y se desvanecía en inquirir la causa de su dolencia y cuanto más la discurría más la ignoraba y menos la conocía.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

651. Hija mía, grande es y sobre todo bien estimable el consuelo de las almas fieles y amigas de mi Hijo santísimo, cuando con fe viva consideran que sirven a un Señor que es Dios de los dioses y Señor de los señores, el que sólo tiene el imperio, la potestad y dominio de todo lo criado, el que reina y triunfa de sus enemigos. En esta verdad se deleita el entendimiento, se recrea la memoria, se goza la voluntad y todas las potencias del alma devota se entregan sin recelo a la suavidad que sienten con tan nobles operaciones, mirando a aquel objeto de bondad, santidad y poder infinito que de nadie tiene necesidad y de cuya voluntad pende todo lo criado. ¡Oh cuántos bienes juntos pierden las criaturas que olvidadas de su felicidad emplean todo el tiempo de la vida y sus potencias en atender a lo visible, amar lo momentáneo y buscar los bienes aparentes y falaces! Con la ciencia y luz que tienes, querría yo, hija mía, que

te rescates de este peligro y que tu entendimiento y memoria se ocupen siempre con la verdad del ser de Dios. En este mar interminable te engolfa y anega, repitiendo continuamente: *¿Quién como Dios nuestro, que habita en las alturas y mira a los humildes en el cielo y en la tierra(Sal 112, 5-6)? ¿Quién como el que es todopoderoso y de nadie tiene dependencia, el que humilla a los soberbios y derriba a los que el mundo ciego llama poderosos, el que triunfa del demonio y le oprime hasta el profundo?*

652. Y para que mejor puedas dilatar tu corazón en estas verdades y cobrar con ellas mayor superioridad sobre los enemigos del Altísimo y tuyos, quiero que me imites según tu posible, gloriándote en las victorias y triunfos de su brazo poderoso y procurando tener alguna parte en las que quiere alcanzar siempre de este cruel dragón. No es posible que lengua de criatura, aunque sea de los serafines, declare lo que mi alma sentía, cuando miraba en mis brazos a mi Hijo santísimo que obraba tantas maravillas contra sus enemigos y en beneficio de aquellas almas ciegas y tiranizadas de sus errores y que la exaltación del nombre del Altísimo crecía y se dilataba por su Unigénito humanado. Con este júbilo magnificaba mi alma al Señor y con mi Hijo santísimo hacía nuevos cánticos de alabanza como Madre suya y Esposa del divino Espíritu. Tú eres hija de la Iglesia Santa y esposa de mi Hijo benditísimo y favorecida de su gracia, justo es que seas diligente y celosa en adquirirle esta gloria y exaltación, trabajando contra sus enemigos y peleando con ellos para que tu Esposo tenga este triunfo.

CAPITULO 25

Toman asiento en la ciudad de Heliópolis Jesús, María y José por voluntad divina; ordenan allí su vida el tiempo de su destierro.

653. Las memorias que en muchos lugares de Egipto quedaron de algunas maravillas que fue obrando en ellos el Verbo humanado, darían ocasión a los santos y otros autores para que escribiesen unos que estuvieron en una ciudad los desterrados y otros lo afirmasen de otras, pero todos pueden decir verdad y concordarse, hablando de diferentes tiempos en que estuvo en Hermópolis, en Menfis o Babilonia de Egipto y en Mataria, pues no sólo estuvo en estas ciudades, pero también en otras. Lo que yo he entendido es que habiendo discurrido por ellas llegaron a Heliópolis y allí tomaron su asiento, porque los Santos Ángeles que les guiaban dijeron a la divina Reina y a San José que en aquella ciudad habían de parar; donde, a más de la ruina de los ídolos y sus templos que sucedió con su llegada como en las demás, determinaba allí el Señor hacer otras maravillas para su gloria y rescate de muchas almas y que a los moradores de aquella ciudad —según el feliz pronóstico de su nombre, que era Ciudad de Sol— les saliese el sol de justicia y gracia que más copiosa les alumbrase. Y con este aviso tomaron allí posada común, y luego salió San José a buscarla, ofreciendo el pago que fuese justo, y el Señor dispuso que hallase una casa humilde y pobre pero capaz para su habitación y retirada un poco de la ciudad, como la deseaba la Reina del cielo.

654. Hallando, pues, este domicilio en Heliópolis, tomaron asiento en él. Y recogíendose luego la divina Señora con su Hijo santísimo y con su esposo San José a este retiro, se postró en tierra besándola con profunda humildad y afectuoso agradecimiento y dio gracias al Altísimo por haber hallado aquel descanso después de tan molesta y prolija peregrinación, y a la misma tierra y elementos agradeció el beneficio de sustentarla a ella, que por su incomparable humildad se juzgaba siempre por indigna de todo lo que recibía. Adoró al ser

inmutable de Dios en aquel puesto, enderezando a su culto y reverencia cuanto en él había de obrar. Interiormente hizo obsequio y sacrificio de sus potencias y sentidos y se ofreció a padecer pronta, alegre y diligente cuantos trabajos fuese servido el Todopoderoso de enviarle en aquel destierro, que su prudencia los prevenía y su afecto los abrazaba. Apreciábalos con la ciencia divina, porque con ella había conocido que en el tribunal divino son bien admitidos y que su Hijo santísimo los había de tener por herencia y tesoro riquísimo. Y de este alto ejercicio y encumbrada habitación se humanó a limpiar y alinear la pobre casilla con ayuda de los Santos Ángeles, buscando prestado hasta el instrumento con que limpiarla. Y aunque se hallaron nuestros divinos forasteros bastante acomodados de las pobres paredes de la casa, faltábales todo lo demás de la comida y homenaje necesario para la vida. Y porque estaban ya en poblado faltó el regalo milagroso con que en la soledad eran socorridos por mano de los Ángeles y los remitió el Señor a la mesa ordinaria de los más pobres, que es la limosna mendigada. Y habiendo llegado a sentir la necesidad y padecer hambre salió San José a pedirlo por amor de Dios, para que con tal ejemplo ni se querellen los pobres de su aflicción, ni se confundan de remediarla por este medio cuando no hallaren otro, pues tan temprano se estrenó el mendigar para sustentar la vida del mismo Señor de todo lo criado, para obligarse de camino a dar ciento por uno (Mt 19, 29) de contado.

655. Los tres días primeros después que llegaron a Heliópolis, como tampoco en otros lugares de Egipto, no tuvo la Reina del cielo para sí y su Unigénito más alimentos de los que pidió de limosna su padre putativo San José, hasta que con su trabajo comenzó a ganar algún socorro. Y con él hizo una tarima desnuda en que se reclinaba la Madre y una cuna para el Hijo, porque el

santo esposo no tenía otra cama más que la tierra pura y la casa sin alhajas, hasta que con su propio sudor pudo adquirir algunas de las inexcusables para vivir todos tres. Y no quiero pasar en silencio lo que se me ha dado a conocer: que en medio de tan extremada pobreza y necesidades no hicieron memoria María y José santísimos de su casa de Nazaret, ni de sus deudos ni amigos, de los dones de los Reyes que distribuyeron y los podían haber guardado. Nada de esto echaron menos, ni se querellaron de hallarse en tanto aprieto y desamparo, con atención a lo pasado y temor de lo futuro, antes en todo estuvieron con incomparable igualdad, alegría y quietud, dejándose a la divina providencia en su desabrigo y mayor pobreza. ¡Oh poquedad de nuestros infieles corazones!, ¡y qué de afanes tan turbados y penosos suelen padecer en hallándose pobres y con alguna necesidad! Luego nos querellamos que perdimos la ocasión, que pudimos prevenir o granjear este o aquel remedio, que si hiciéramos esto o aquello no nos viéramos en este o aquel aprieto. Todas estas congojas son vanas y estultísimas, por lo que no son de remedio alguno. Y aunque fuera bueno no haber dado causa a nuestros trabajos con las culpas que muchas veces los granjeamos, pero de ordinario sentimos el daño temporal adquirido y no el pecado por donde lo merecimos. Tardos y estultos de corazón somos para percibir las cosas espirituales de nuestra justificación y aumentos de la gracia, y sensibles, terrenos y audaces para entregarnos a las terrenas y sus afanes. Reprensión severa es para nuestra grosería y terrenidad la de nuestros extranjeros.

656. La prudentísima Señora y su esposo se acomodaron con alegría, solos y desamparados de todo lo temporal, en la pobre casilla que hallaron. Y de tres aposentos que tenía, el uno se consagró para templo o sagrario donde estuviese el infante Jesús y con él su purísima Madre, y allí se pusieron la cuna y la tarima desnuda, hasta que

después de algunos días, con el trabajo del santo esposo y la piedad de unas devotas mujeres que se aficionaron a la Reina, alcanzaron a tener alguna ropa con que abrigarse todos; otro aposento se destinó para el santo esposo, donde dormía y se recogía a orar; y el tercero servía de oficina y taller para trabajar en su oficio. Viendo la gran Señora la extremada pobreza en que estaban y que el trabajo de San José había de ser mayor para sustentarse en tierra donde no eran conocidos, determinó ayudarle trabajando también ella con sus manos para aliviarle en lo que pudiese. Y como lo determinó lo ejecutó, buscando labores de manos por medio de aquellas mujeres piadosas que comenzaron a tratarla aficionadas de su modestia y suavidad. Y como todo cuanto hacía y tocaba salía de sus manos tan perfecto, corrió luego la voz de su aliño en las labores y nunca le faltó en qué trabajar para alimentar a su Hijo hombre y Dios verdadero.

657. Para granjear todo lo que era necesario de comer, vestir San José, alhajar su casa, aunque pobremente, y pagar los alquileres de ella, le pareció a nuestra Reina que era bien gastar todo el día en el trabajo y velar toda la noche en sus ejercicios espirituales. Y esto determinó no porque tuviese alguna codicia, ni tampoco porque de día faltase un punto a la contemplación, porque siempre estaba en ella y en presencia del Niño Dios, como tantas veces se ha dicho y siempre diré. Pero algunas horas que vacaba de día a especiales ejercicios quiso trasladarlos a la noche para trabajar más y no pedir ni esperar que Dios obrase milagro en lo que con su diligencia y añadiendo más trabajo se podía conseguir; porque en tales casos más pidiéramos milagro para comodidad que por necesidad. Pedía la prudentísima Reina al eterno Padre que su misericordia los proveyese de lo necesario para alimentar a su Hijo unigénito, pero juntamente trabajaba. Y como quien no fía de sí misma ni de su

diligencia, pedía trabajando lo que por este medio nos concede el Señor a las demás criaturas.

658. Agradóse mucho el Niño Dios de esta prudencia de su Madre y de la conformidad que tenía con su estrecha pobreza, y en retorno de esta fidelidad de Madre quiso aliviarla en algo del trabajo que había comenzado. Y un día desde la cuna le habló, y la dijo: Madre mía, yo quiero disponer el orden de vuestra vida y trabajo corporal.—Púsose luego arrodillada la divina Madre, y respondió: Amor dulcísimo mío y dueño de todo mi ser, yo os alabo y magnifico porque habéis condescendido con mi deseo y pensamiento que se encaminaba a que vuestra divina voluntad dirigiese mis pasos, enderezase mis obras a vuestro beneplácito y ordenase la ocupación que había de tener en cada hora del día según vuestro agrado. Y pues se ha humanado vuestra deidad y dignándose vuestra grandeza a condescender con mis anhelos, hablad, lumbre de mis ojos, que vuestra sierva oye (1 Sam 3, 10).—Dijo el Señor: Madre mía carísima, desde entrada la noche —ésta era la hora que nosotros contamos por las nueve— dormiréis y descansaréis algo; y de media noche hasta el amanecer os ocuparéis en los ejercicios de la contemplación conmigo y alabaremos a mi eterno Padre; luego acudiréis a prevenir lo necesario para vuestra comida y de José; después a darme a mí alimento y me tendréis en vuestros brazos hasta la hora de tercia, que me pondréis en los de vuestro esposo para alivio de su trabajo, y os retiraréis a vuestro recogimiento hasta la hora de administrarle la comida y luego volveréis a la labor. Y porque aquí no tenéis las Escrituras sagradas, cuya lección os era de consuelo, leeréis en mi ciencia la doctrina de la vida eterna, para que en todo me sigáis con perfecta imitación. Y orad siempre al eterno Padre por los pecadores.

659. Con este arancel se gobernó María santísima todo

el tiempo que estuvo en Egipto. Y cada día daba el pecho al Niño Dios tres veces, porque cuando le señaló la primera que había de darle, no le mandó que no se le diese otras veces, como desde el nacimiento lo hizo. Cuando la divina Madre hacía labor estaba siempre en presencia del infante Jesús de rodillas y entre los coloquios y conferencias que tenían era muy de ordinario, el Rey desde la cuna y la Reina desde su labor, hacer cánticos misteriosos de alabanza. Y si estuvieran escritos, fueran más que todos los salmos y cánticos que celebra la Iglesia y cuanto hoy hay escrito en ella, pues no hay duda que hablaría el mismo Dios por el instrumento de su humanidad y Madre santísima con mayor alteza y admiración que por David, Moisés, María, Ana y todos los Profetas. Y en estos cánticos siempre la divina Madre quedaba renovada y llena de nuevos afectos a la divinidad y eficaces anhelos a la unión con su ser inmutable, porque sola ella era la fénix que renacía en este incendio y el águila real que podía mirar al sol de la inefable luz de hito en hito y tan de cerca, a donde otra ninguna criatura pudo levantar el vuelo. Cumplía con el fin para que el Verbo divino tomó carne en sus virgíneas entrañas, de encaminar y llevar a su eterno Padre a las criaturas racionales. Y como entre todas era la sola que no la impedía el óbice del pecado ni sus efectos las pasiones ni apetitos, sino que estaba libre de todo lo terreno y gravamen de la naturaleza, volaba tras de su amado y se levantaba a encumbrada habitación y no paraba hasta llegar a su centro que era la divinidad. Y como siempre tenía a su vista el camino y luz que era el Verbo humanado y el deseo y afecto encaminado al ser inmutable del Altísimo, corría fervorosa a él y estaba más en el fin que en el medio, donde amaba más que donde animaba.

660. Dormía también algunas veces el niño Dios, presente la feliz y dichosa Madre, para que también

fuese verdad en esto lo que dijo: *Yo duermo y mi corazón vela* (Cant 5,2). Y como para ella aquel cuerpo santísimo de su Hijo era viril purísimo y claro por donde miraba y penetraba el secreto de su alma deificada y sus operaciones, mirábase y remirábase en aquel espejo inmaculado y era de especial consuelo a la divina Señora ver tan desvelada la parte superior del alma santísima de su Hijo en obras tan heroicas de viador y juntamente comprensor y al mismo tiempo dormir los sentidos con tanta quietud y rara hermosura del Niño, estando todo lo humano unido a la divinidad hipostáticamente. De los afectos dulces y elevaciones inflamadas y obras heroicas que la Reina del cielo hacía en estas ocasiones, no basta para hablar nuestra lengua sin ofender la materia, pero donde faltan palabras obre la fe y el corazón.

661. Cuando era tiempo de dar a San José el alivio de tener al infante Jesús, le decía la divina Madre: Hijo y Señor mío, mirad a vuestro fiel siervo con amor de hijo y de padre y tened vuestras delicias con la pureza de su alma tan sencilla y acepta a vuestros ojos.— Y al Santo le decía: Esposo mío, recibid en vuestros brazos al Señor que contiene en su puño todos los orbes del cielo y tierra, a quienes dio el ser por sola su bondad inmensa. Y aliviad vuestro cansancio con el que es la gloria de todo lo criado.—Este favor agradecía el Santo con profunda humildad y solía preguntar a su esposa divina si se atrevería él a mostrar al Niño alguna caricia. Y asegurado de la prudente Madre lo hacía y con este alivio olvidaba la molestia de su trabajo y todos se le hacían fáciles y muy dulces. Siempre que comían María santísima y San José tenían consigo al infante, y en administrando la comida la divina Reina le recibía en sus brazos y comía con grande aliño teniéndole en ellos, y daba a su alma purísima dulcísimo y mayor alimento que al cuerpo, reverenciándole, adorándole y amándole como

a Dios eterno y sustentándole en sus brazos como a niño le acariciaba con cariño de madre afectuosa a hijo querido. No es posible ponderar la atención con que se ejercitaba en los dos oficios: de criatura para su Criador, mirándole según la divinidad Hijo del eterno Padre, como Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19, 16), Hacedor y Conservador de todo el universo; y como hombre verdadero en su infancia, para servirle y criarle. En estos dos extremos y motivos de amor era toda enardecida y encendida en actos heroicos de admiración, alabanza y afectuoso amor. En todo lo demás que obraban los dos divinos esposos, sólo puedo decir que eran admiración de los Ángeles y que daban el lleno a la santidad y agrado del Señor.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

662. Hija mía, siendo verdad como lo es que yo entré en Egipto con mi Hijo santísimo y mi esposo, donde ni conocíamos amigos ni deudos, en tierra de religión extraña, sin abrigo, amparo, ni socorro humano para alimentar a un Hijo que tanto amaba, bien se deja entender la tribulación y trabajos que padecimos, pues el Señor daba lugar a que nos afligieran. Y no puede caer en tu consideración la paciencia y tolerancia con que los llevamos, ni los mismos Ángeles son suficientes a ponderar el premio que me dio el Altísimo por el amor y conformidad con que lo llevé todo más que si estuviera en suma prosperidad. Verdad es que me dolía mucho de ver a mi esposo en tanta necesidad y aprieto, pero en esta misma pena bendecía al Señor con alegría de padecerla. En esta nobilísima paciencia y pacífica dilatación quiero, hija mía, que me imites en las ocasiones que te pusiere el Señor y que en ellas sepas dispensar con prudencia del interior y exterior, dando a cada cual lo que debes en la acción y contemplación sin que una a otra se impidan.

663. Cuando les faltare a tus súbditas lo necesario para la vida, trabaja en buscarlo debidamente. Y en dejar tú la quietud propia alguna vez por esta obligación, no es perderla, y más con la advertencia que te he dado muchas veces para que por ninguna ocupación pierdas al Señor de vista, pues con su divina luz y gracia todo se puede hacer si eres cuidadosa sin turbarte. Y cuando por medios humanos se puede granjear debidamente, no se han de esperar milagros ni excusarse de trabajar a cuenta de que Dios lo proveerá y acudirá sobrenaturalmente, porque Su Majestad concurre con los medios suaves, comunes y convenientes y el trabajar el cuerpo es medio oportuno porque sirva con el alma y haga su sacrificio al Señor y adquiera su merecimiento en la forma que puede. Y trabajando la criatura racional, puede alabar a Dios y adorarle en espíritu y verdad (Jn 4, 23). Y para que tú lo hagas, ordena todas tus acciones a su actual beneplácito y consúltalas con Su Majestad, pesándolas en el peso del santuario, teniendo atención fija a la divina luz que te infunde el Todopoderoso.

CAPITULO 26

De las maravillas que en Heliópolis de Egipto obraron el infante Jesús y su Madre santísima y San José.

664. Cuando Isaías dijo que entraría el Señor en Egipto sobre una ligera nube (Is 19, 1) para las maravillas que en aquel reino quería obrar, en llamar nube a su Madre santísima o, como otros dicen, a la humanidad que de ella tomó, no hay duda que con esta metáfora quiso significar que por medio de esta nube divina había de fertilizar y fecundar aquella tierra estéril de los corazones de sus habitantes, para que de allí adelante produjese nuevos frutos de santidad y conocimiento de Dios, como sucedió después que entró en ella esta nube celestial. Porque luego se dilató la fe del verdadero Dios

en Egipto, se destruyó la idolatría, se abrió camino para la vida eterna, que hasta entonces le había tenido cerrado el demonio, tanto que apenas había en aquella provincia quien conociera la divinidad verdadera cuando llegó a ella el Verbo humanado. Y aunque algunos habían alcanzado esta noticia con la comunicación de los hebreos que había en aquella tierra, pero en este conocimiento mezclaban grandes errores, supersticiones y culto del demonio, como en otro tiempo lo hicieron los babilonios que vinieron a vivir a Samaría. Pero después que alumbró el sol de justicia a Egipto y la fertilizó la nube aliviada de toda culpa, María santísima, quedó fecunda de santidad y gracia que dio copioso fruto por muchos siglos, como se vio en los Santos que después produjo y en los ermitaños, en tanto número que hicieron destilar aquellos montes (Jn 3, 18) y labrar dulcísima miel de santidad y perfección cristiana.

665. Para disponer el Señor este beneficio que prevenía a los egipcios, tomó asiento en la ciudad de Heliópolis, como queda dicho. Y entrando en ella, como era tan poblada y llena de ídolos, templos, altares del demonio y todos se hundieron con grande estruendo y pavor de los vecinos, fue grande el movimiento y turbación que padeció toda la ciudad con esta novedad impensada. Andaban todos como atónitos y fuera de sí, y juntándose la curiosidad de ver a los forasteros recién llegados, fueron muchos hombres y mujeres a hablar a nuestra gran Reina y al glorioso San José. La divina Madre, que sabía el misterio y voluntad del Altísimo, respondió a todos hablándoles muy al corazón, prudente, sabia y dulcemente, dejándolos admirados de su agrado incomparable, ilustrados con la altísima doctrina que les decía y con el desengaño que les daba de los errores en que estaban, y con curar de camino algunos enfermos de los que iban a ella los remediaba y consolaba de todas maneras. Fuéronse divulgando de suerte estos milagros,

que en breve tiempo vino tan gran concurso de gente a buscar a la forastera divina, que obligó a la prudentísima Señora a pedir a su Hijo santísimo le ordenase lo que era su voluntad hiciese con aquella gente. El Niño Dios la respondió que a todos los informase de la verdad y conocimiento de la divinidad y los enseñase su culto y cómo habían de salir de pecado.

666. Este oficio de predicadora y maestra de los egipcios ejerció nuestra celestial Princesa como instrumento de su Hijo santísimo que daba virtud a sus palabras. Y fue tanto el fruto que se hizo en aquellas almas, que fueran menester muchos libros si se hubieran de referir las maravillas que sucedieron y las almas que se convirtieron a la verdad en los siete años que estuvieron en aquella provincia, porque toda quedó santificada y llena de bendiciones de dulzura (Sal 20, 4). Siempre que la divina Señora oía y respondía a los que venían a ella, tomaba en sus brazos al infante Jesús, como al que era autor de aquella gracia y de todas las que recibían los pecadores. Hablaba a todos como a cada uno según su capacidad había menester para percibir y entender la doctrina de la vida eterna. Dioles conocimiento y luz, no sólo de la divinidad y que Dios era uno solo e imposible haber muchos dioses, también les enseñó todos los artículos y verdades que tocaban a la divinidad y a la creación del mundo y luego les declaró cómo el mismo Dios lo había de redimir y reparar y les enseñó todos los mandamientos que tocan al decálogo, que son de la misma ley natural, y el modo con que debían dar culto a Dios y adorarle y esperar la redención del género humano.

667. Dioles a entender cómo había demonios, enemigos del verdadero Dios y de los hombres, y los desengañó de los errores que tenían en esto con sus ídolos y con las respuestas fabulosas que les daban y los feísimos

pecados a que los inducían y provocaban por ir a consultarlos y cómo después ocultamente los tentaban con sugerencias y movimientos desordenados. Y aunque la Señora del cielo era tan pura y libre de todo lo imperfecto, con todo eso, por la gloria del Altísimo y remedio de aquellas almas, no se dedignaba de disuadirlas de los pecados impuros y torpísimos en que estaba todo Egipto anegado. Declaróles también cómo el Reparador de tantos males que había de vencer al demonio, conforme a lo que de Él estaba escrito era ya venido, aunque no les dijo que le tenía en sus brazos. Y porque mejor se admitiese toda esta doctrina y se aficionasen a la verdad, la confirmaba con grandes milagros, curando todo género de enfermedades y endemoniados que de diversas partes venían. Y algunas veces iba la misma Reina a los hospitales y allí hacía admirables beneficios a los enfermos. Y en todas partes consolaba a los tristes, aliviaba a los afligidos, remediaba a los necesitados y a todos los reducía con suave amor, los amonestaba con severidad apacible y los obligaba con ser su bienhechora.

668. En la cura de los enfermos y llagados se halló la divina Señora dudosa entre dos afectos: el uno el de la caridad que la obligaba a curar las llagas con sus manos propias; el otro del recato para no tocar a nadie. Y porque todo lo consiguiese como convenía, la respondió su Hijo santísimo que a los hombres los curase con sólo palabras y amonestándolos, que así quedarían sanos, y a las mujeres podría curar con sus manos, tocando y limpiando sus llagas. Y así lo hizo desde entonces, usando oficios de madre y enfermera, respectivamente, hasta que después, pasados dos años, comenzó también San José a curar enfermos, como diré; pero a las mujeres acudía más la Reina, con tan incomparable caridad que con ser la misma pureza y tan delicada, libre de enfermedades y pensiones de ellas, les curaba sus llagas

por ulceradas que fuesen y las aplicaba con las manos los paños y vendas necesarias y así se compadecía como si en cada una de las enfermas padeciera sus trabajos. Y algunas veces sucedía que para curarlas pedía licencia a su santísimo Hijo para dejarle de sus brazos y le reclinaba en la cuna y acudía a los pobres, donde por otro modo estaba el mismo Señor de los pobres con la caritativa y humilde Señora. Pero en estas obras y curas, es cosa admirable que jamás miraba la modestísima Señora al rostro de nadie hombre ni mujer. Y aunque la llaga estuviera en él, era tan extremado su recato, que por atender no pudiera después conocer a ninguno por la cara, si por otro medio no los conociera a todos con la luz interior.

669. Con los calores destemplados de Egipto y muchos desórdenes de aquella miserable gente, eran graves y ordinarias las enfermedades de aquella tierra. Y algunos años, de los que allí estuvieron el infante Jesús y su santísima Madre, se encendió peste en Heliópolis y otros lugares. Y con estas causas y la fama de las maravillas que obraban, concurría mucha gente a ellos de toda la tierra y volvían sanos en el cuerpo y las almas. Y para que la gracia del Señor se derramase en ellos con mayor abundancia y la Madre piadosísima tuviese coadjutor en las misericordias que obraba como instrumento vivo de su Unigénito, determinó Su Majestad, a petición de la divina Señora, que San José también acudiese al ministerio de la enseñanza y a curar los enfermos, y para esto le alcanzó nueva luz interior y gracia de sanidad. Y al tercero año que estaba en Egipto, comenzó el santo esposo a ejercitar estos dones del cielo. Y él enseñaba, curaba y catequizaba de ordinario a los hombres y la gran Señora a las mujeres. Con estos beneficios tan continuos y la gracia y eficacia que estaba derramada en los labios de nuestra Reina (Sal 44, 3), era increíble el fruto que hacían por la afición que todos sentían,

rendidos a su modestia y atraídos de la virtud de su santidad. Ofrecíanle muchos dones y haciendas para que se sirviese de ellas, pero jamás admitió cosa alguna para sí ni la reservó, porque siempre se alimentaron del trabajo de sus manos y de San José. Y cuando, tal vez, recibía alguna dádiva de quien Su Alteza conocía que era justo y conveniente, todo lo distribuía en los pobres y necesitados. Y sólo para este fin consentía con la piedad y consuelo de algunos devotos, y aun a éstos muchas veces les daba en retorno alguna cosa de las labores que hacía. De estas maravillosas obras se puede colegir cuáles y cuántas serían las que hicieron en Egipto por espacio de siete años que estuvieron en Heliópolis, porque todas en particular es imposible reducirlas a número y relación.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

670. Hija mía, admiración te ha hecho el conocer las obras de misericordia que yo ejercitaba en Egipto, acudiendo a curar los pobres y enfermos de tantas enfermedades para darles salud en el cuerpo y en las almas, pero entenderás cuánto se compadecía esto con mi recato y afecto a retirarme, si atiendes al inmenso amor con que mi Hijo santísimo quiso ir luego en naciendo a remediar aquel reino y estrenar en sus moradores el fuego de caridad que ardía en su pecho para la salud de los mortales. Esta caridad me comunicó a mí y me hizo instrumento de la suya y de su poder, sin el cual no me atreviera por mí misma a tantas obras, porque siempre me inclinaba a no hablar ni comunicar a nadie, pero la voluntad de mi Hijo y Señor era mi gobierno en todo. Y de ti, amiga, quiero yo que a imitación mía trabajes en el bien y salud y salvación de tus prójimos, procurando seguirme en esto con la perfección y condiciones que yo obraba. No has de buscar tú las ocasiones, mas el Señor te las enviará, salvo

cuando por alguna grande razón fuere necesario que tú te ofrezcas a ella. Pero en todas trabaja, advierte y alumbra a los que pudieres con la luz que tienes, no como quien toma oficio de maestra, sino como quien consuela y se compadece de los trabajos de sus hermanos y quiere aprender la paciencia en ellos, usando de mucha humildad y detención prudente junto con el uso de la caridad.

671. A tus súbditas amonesta, corrige y gobierna, encaminándolas a la mayor virtud y agrado del Señor, porque después de obrarlo tú con perfección, el mayor será para Su Alteza que animes y enseñes a los demás según tus fuerzas y gracia que has recibido. Y por los que no puedes hablar, pide y clama por su remedio incesantemente, y con esto extenderás la caridad a todos. Y porque no puedes servir a los enfermos de fuera, recompénsalo en las de tu casa acudiendo a su servicio, regalo y limpieza por ti misma. Y en esto no te imagines superiora por el oficio de prelada, pues por él eres madre y lo has de mostrar en el cuidado y amor de todas, y en lo demás siempre has de ser menor en tu estimación. Y porque el mundo ordinariamente ocupa a los más pobres y despreciados en servir a los enfermos, porque como ignorante no conoce la alteza de este ministerio, por esto, yo te doy a ti como a pobre y la más inferior el oficio de enfermera para que imitándome le ejecutes.

CAPITULO 27

Determina Herodes la muerte de los inocentes, conócelo María santísima y esconden a San Juan Bautista de la muerte.

672. Dejemos ahora en Egipto al infante Jesús con su Madre santísima y San José santificando aquel reino con su presencia y beneficios que no mereció Judea, y

volvamos a saber en qué paró la diabólica astucia e hipocresía de Herodes. Aguardó el inicuo rey la vuelta de los Santos Reyes Magos y la relación que le harían de haber hallado y adorado al nuevo Rey de los judíos recién nacido, para quitarle inhumanamente la vida. Hallóse burlado, sabiendo que los Santos Reyes Magos habían estado en Belén con María y José santísimos y que tomando otro camino estarían ya fuera de los fines de Palestina, que de todo esto fue informado, con otras cosas de las que en el templo habían sucedido; porque engañándose con su misma astucia, aguardó algunos días hasta que ya le pareció que los Reyes orientales tardaban y el cuidado de su ambición le obligó a preguntar por ellos. Consultó de nuevo algunos letrados de la ley y como concordaban lo que decían de Belén conforme a las Escrituras y lo que allí había sucedido, mandó con gran pesquisa buscasen a nuestra Reina con su Niño dulcísimo y al glorioso San José. Pero el Señor, que les mandó salir de noche de Jerusalén, consiguientemente ocultó su viaje, para que nadie lo supiese ni hallase rastro alguno de su fuga. Y sin poderlos descubrir los ministros de Herodes ni otro alguno, le respondieron que no parecía tal hombre, mujer, ni niño en toda la tierra.

673. Encendióse con esto la indignación de Herodes (Mt 2, 16), sin dejarle sosegar un punto y sin hallar medio ni remedio para atajar el daño que temía con el nuevo Rey. Pero el demonio, que le conoció dispuesto para toda maldad, le arrojó en el pensamiento grandes sugestiones para consolarle, proponiéndole que usase de su real poder y que degollase todos los niños de aquella comarca que no pasasen de dos años, porque entre ellos sería inexcusable topar con el Rey de los judíos que había nacido en aquel tiempo. Alegróse el tirano rey con este pensamiento que jamás cayó en otro bárbaro y le abrazó sin el temor y horror que pudiera causar tan

cruenta acción en cualquier hombre racional. Y pensando y discurriendo cómo ejecutarlo a satisfacción y gusto de su ira, hizo juntar algunas tropas de milicia y con los ministros de mayor confianza que las gobernasen les mandó por graves penas que degollasen todos los niños que no tuviesen más de dos años en Belén y su comarca. Y como lo mandó Herodes se fue ejecutando y llenándose toda la tierra de confusión, de llantos y de lágrimas de los padres, madres y deudos de los inocentes condenados a muerte, sin que nadie lo pudiese resistir ni remediar.

674. Salió este impío mandato de Herodes a los seis meses del nacimiento de nuestro Redentor. Y cuando se comenzó a ejecutar, sucedió que nuestra gran Reina estaba un día con su Hijo santísimo en los brazos y mirando a su alma y operaciones conoció en ella como en un claro espejo todo lo que pasaba en Belén, más claramente que si estuviera presente a los clamores de los niños y de sus padres. Vio también la divina Señora cómo su Hijo santísimo pedía al Padre eterno por los padres y madres de los inocentes y que a los difuntos los ofrecía como primicias de su muerte y que, por ser sacrificados a cuenta del mismo Redentor, pedía se les diese uso de razón para que voluntariamente ofreciesen sus vidas y admitiesen la muerte en gloria del mismo Señor y les pagase con premios y coronas de mártires lo que padecían. Y todo lo concedió el Padre eterno, y lo conoció nuestra Reina en su Hijo unigénito y le acompañó e imitó en el ofrecimiento y peticiones que hacía, y a los padres y madres de los niños mártires acompañó también en el dolor y compasión por la muerte de sus hijos y ella fue la verdadera y primera Raquel que lloró a los hijos de Belén y suyos (Mt 2, 17-18); y ninguna otra madre supo llorarlos como ella, porque ninguna supo ser madre como lo era nuestra Reina y Señora.

675. No tenía entonces noticia de lo que Santa Isabel

había hecho para reservar a su hijo San Juan Bautista conforme al aviso que la misma Reina le había dado por el Ángel cuando salieron de Jerusalén para Egipto, como arriba se dijo, capítulo 22, núm. 623. Y aunque no dudaba se cumplirían en él todos los misterios que de su oficio de precursor había conocido por la divina luz, con todo eso, no sabía el cuidado y trabajo en que la crueldad de Herodes había puesto a la santa matrona Isabel y a su hijo, ni por qué medio se habrían defendido de ella. No se atrevió la dulcísima Madre a preguntar a su Hijo santísimo este suceso, por la reverencia y prudencia con que le trataba en estas revelaciones, y con humildad y paciencia se aniquilaba y encogía. Pero Su Majestad la respondió al piadoso y compasivo deseo y la declaró cómo Zacarías, padre de San Juan Bautista, había muerto cuatro meses después de su virginal parto y casi tres después que Sus Majestades habían salido de Jerusalén, y que Santa Isabel, ya viuda, no tenía otra compañía más que la de su hijo y niño San Juan Bautista y con él pasaba su soledad y desamparo, retirada en lugar apartado; porque, con el aviso que tuvo del Ángel y viendo después la crueldad que comenzaba a ejecutar Herodes, se había resuelto a huir al desierto con su niño y habitar entre las fieras por apartarse de la persecución de Herodes, y que esta resolución había tomado Santa Isabel con impulso y aprobación del Altísimo y estaba oculta en una cueva o peñasco donde con trabajo y descomodidad grande se sustentaba a sí y a su niño San Juan Bautista.

676. Conoció asimismo la divina Señora que Santa Isabel, después de tres años de aquella vida solitaria, moriría en el Señor y San Juan Bautista quedaría en aquel lugar desierto, comenzando una vida angélica y solitaria, y que no se apartaría de allí hasta que por orden del Altísimo saliese a predicar penitencia como precursor suyo. Todos estos misterios y sacramentos manifestó el infante Jesús a su Madre santísima, con

otros ocultos y profundos beneficios que recibieron Santa Isabel y su hijo en aquel desierto. Y lo conoció todo por el mismo modo que le enseñó la muerte de los niños inocentes. Y con esta noticia quedó la divina Reina llena de gozo y compasión: lo uno, por saber que el niño San Juan Bautista y su madre estaban en salvo, y lo otro, por los trabajos que en aquella soledad padecían; y luego pidió licencia a su Hijo santísimo para cuidar desde allí de su prima Santa Isabel y del niño San Juan Bautista. Y desde entonces con voluntad del mismo Señor los enviaba frecuentemente a visitar con los Ángeles que le servía y con ellos mismos le remitía algunas cosas de comida, que era el mayor regalo que tuvieron en aquel yermo el hijo y madre solitarios. Y por este medio de los Ángeles tuvo con ellos continua y oculta correspondencia nuestra gran Señora desde Egipto. Y cuando llegó la hora de morir Santa Isabel le envió grande número de sus Ángeles, para que la asistiesen y ayudasen junto con su niño San Juan Bautista, que entonces era de cuatro años, y con los mismos Ángeles enterró a su madre difunta en aquel desierto. Y desde entonces cada día envió la Reina a San Juan Bautista la comida, hasta que tuvo edad para sustentarse por su industria y trabajo con las yerbas y raíces y miel silvestre (Mc 1, 6) con que vivió en tan admirable abstinencia, de que diré algo adelante (Cf. infra n. 943).

677. Entre todas estas obras tan admirables, ni la lengua, ni el pensamiento de las criaturas pueden alcanzar los méritos y aumentos de santidad y gracia que acumulaba y congregaba María santísima, porque de todo usaba con prudencia más que angélica. Y lo que la motivó a admiración, ternura y alabanza del Todopoderoso fue ver, cuando su Hijo santísimo y la misma Señora pidieron por los niños inocentes al eterno Padre, cuan liberal anduvo su Divina Providencia con ellos, pues conoció como si estuviera presente el excesivo

número que murieron y que a todos, con no tener los mayores más de dos años, otros ocho días, otros a dos meses y otros a seis y así entre todos más o menos, les fue concedido uso de razón y se les infundió altísimo conocimiento del ser de Dios y perfecta fe, esperanza y caridad con que ejercitaron heroicos actos de fe, culto, reverencia, amor y compasión de sus padres; pidieron por ellos y en remuneración de su sentimiento que les diese el Señor luz y gracia para que procurasen los bienes eternos; admitían el martirio de voluntad, quedándose la naturaleza en la flaqueza de su edad pueril, con que sentían más sensiblemente y se aumentaba su merecimiento; multitud de Ángeles los asistían y los llevaban al limbo o seno de Abrahán y con su presencia alegraron a los santos Padres, porque les confirmaron las breves esperanzas de su libertad. Todo esto fue efecto de las peticiones del Niño Dios y oraciones de María santísima. Y conociendo estas maravillas se enardecía en amor, y dijo: *Laúdate, pueri, Dominum (Sal 112, 1)*, y acompañándolos la Emperatriz de las alturas alabó al autor de tan magníficas obras, dignas de su bondad y omnipotencia. Sola María purísima las conocía y trataba con la sabiduría y ponderación que pedían, pero sola ella era la que sin ejemplo, siendo tan allegada al mismo Dios, conoció el grado y punto de la humildad y la tuvo en su perfección, porque, siendo ella la Madre de la pureza, inocencia y santidad, se humilló más que supieron humillarse todas las criaturas profundamente humilladas con sus mismas culpas. Sola María santísima, entre todas las criaturas, alcanzó este género de humillarse a vista de los más altos beneficios y dones que todas juntas recibieron, porque sola ella penetró dignamente que la criatura no puede dar el retorno proporcionado a los beneficios y menos al amor infinito de donde se originan en Dios; y humillándose la divina Señora con esta ciencia medía, con ella su amor, su agradecimiento y humildad y daba la plenitud a todo, en cuanto la criatura pura era

capaz de dar digna retribución, sólo con conocer que ninguna de ellas es digna por otro modo.

678. En el fin de este capítulo quiero advertir que en muchas cosas de las que voy escribiendo me consta hay gran diversidad de opiniones entre los santos Padres y autores, como las hay sobre el tiempo en que Herodes ejecutó su crueldad con los niños inocentes y si fue con los recién nacidos o con los que tenían algunos días y no pasaban de dos años, y otras dudas en cuya declaración no me detengo, porque no es necesario para mi intento y porque yo escribo sólo aquello que se me va enseñando y dictando, o lo que la obediencia algunas veces me ordena que pregunte para tejer mejor esta divina Historia. Y en las cosas que escribo no convenía introducir disputas, porque desde el principio, como entonces dije (Cf. supra p.II n. 10), entendí del Señor que quería escribiese toda esta obra sin opiniones, sino con la verdad que la divina luz me enseñaría. Y el juzgar si lo que escribo tiene conveniencia con la verdad de la Escritura y con la majestad y grandeza del argumento que trato y si tienen las cosas entre sí mismas conveniente consecuencia y conexión, todo esto lo remito a la doctrina de mis maestros y prelados y al juicio de los sabios y piadosos. La variedad de opiniones es casi necesaria entre los que escriben, gobernándose unos por otros autores y siguiendo los postreros a los que mejor les satisfacen de los antiguos; pero lo más de unos y otros, fuera de las historias canónicas, se funda en conjeturas o en autores dudosos, y yo no podía escribir por este orden, porque soy mujer ignorante.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

679. Hija mía, de lo que dejas escrito en este capítulo quiero que te sirva de doctrina el dolor y el escarmiento con que lo has escrito. El dolor, por conocer que la

criatura noble y criada por la mano del Señor a su imagen y semejanza, con tan excelentes y divinas condiciones como conocer a Dios, amarle y ser capaz de verle y gozarle eternamente, se olvide tanto de esta dignidad y se deje envilecer y abatir a brutales y horribles apetitos, como derramar la sangre inocente de quien no podía hacer a nadie injuria. Esta compasión te ha de obligar a llorar la ruina de tantas almas, y más en el siglo que vives, donde la misma ambición que a Herodes ha encendido tan crueles odios y enemistades entre los hijos de la Iglesia, dando causa a la pérdida de infinitas almas y que la sangre de mi Hijo santísimo, que se derramó en precio y rescate suyo, se malogre y pierda; llora este daño amargamente.

680. Pero escarmienta en otros y pondera lo que puede una ciega pasión admitida en la concupiscible; porque si de lleno coge el corazón, o le abrasa en fuego de concupiscencia si ejecuta su deseo, o en el de la ira si no le puede conseguir. Teme, hija mía, este peligro, no sólo en lo que hizo la ambición de Herodes, sino también en lo que cada hora entiendes y conoces de otras personas. Y advierte mucho en no aficionarte a alguna cosa, por pequeña que te parezca, que para encender un gran fuego basta comenzar por una pequeñísima centella. Y en esta materia de mortificación de las inclinaciones te repito muchas veces esta doctrina y lo haré más en lo que resta, porque es la mayor dificultad de la virtud morir a todo lo deleitable y sensible, y porque no puedes tú ser instrumento en las manos del Señor, como Su Majestad lo quiere, si no borraras de tus potencias hasta las especies de toda criatura para que no hallen entrada a tu voluntad. Y para ti quiero que sea ley inviolable que todo lo que tiene ser, fuera de Dios y de sus Ángeles y Santos, sea como si para ti no fuese. Esta ha de ser tu profesión, y para eso te hace el Señor patentes sus secretos y te convida con su trato familiar e

íntimo y yo con el mío, para que sin Su Majestad no vivas ni lo quieras.

CAPITULO 28

Habla el infante Jesús a San José cumplido un año y trata la Madre santísima de ponerle en pie y calzarle y comienza a celebrar los días de la Encarnación y Nacimiento.

681. En una de las conferencias y pláticas que tenían María santísima y su esposo San José de los misterios del Señor sucedió que un día, cumplido el primer año del infante Jesús, determinó Su Alteza romper el silencio y hablar en voz clara y formada al fidelísimo San José, que hacía oficio de padre cuidadoso, como había hablado con la divina Madre desde el nacimiento, según arriba dije, capítulo 18, número 577. Y estando los dos santísimos esposos tratando del ser infinito de Dios y de la bondad que le había obligado a tan excesivo amor como enviar del cielo a su Unigénito para Maestro y Redentor de los hombres, dándole forma humana en que tratase con ellos y padeciese las penalidades de la naturaleza depravada, en esta meditación se admiraba mucho San José de las obras del Señor, encendiéndose en afectos de agradecimiento y alabanza de su amor. En esta ocasión el Niño Dios, que estaba en los brazos de su Madre, haciendo de ellos la primera cátedra de maestro, habló a San José en voz inteligible, y le dijo: Padre mío, yo vine del cielo a la tierra para ser luz del mundo y rescatarle de las tinieblas del pecado, y para buscar y conocer mis ovejas como buen pastor y darles pasto y alimento de vida eterna y enseñarles el camino para ella y abrir las puertas que por sus pecados estaban cerradas; quiero que seáis los dos hijos de la luz, pues la tenéis tan cerca.

682. Estas palabras del infante Jesús, como llenas de

vida y de eficacia divina, infundieron en el corazón del patriarca San José nuevo amor, reverencia y alegría. Púsose de rodillas a los pies del Niño Dios con humildad profundísima y le dio gracias porque la primera palabra que le había oído pronunciar fue llamarle *Padre*. Pidióle a Su Majestad con muchas lágrimas que su luz divina le alumbrase y llevase al cumplimiento de su perfecta voluntad y le enseñase a ser agradecido a tan incomparables beneficios como recibía de su larga mano. Los padres que mucho aman a sus hijos reciben gran consuelo y gloria cuando en ellos descubren algún pronóstico de que serán sabios o grandes en las virtudes, y aunque no lo sean, con la natural inclinación que les tienen, suelen celebrar y encarecer mucho las parvuleces que sus hijos hacen y dicen, porque todo esto puede el afecto tierno con los hijos pequeñuelos. Pero aunque San José no era padre natural del Niño Dios, sino putativo, el amor que le tenía excedía sin medida a todo lo que los padres naturales han amado a sus hijos, porque en él fue la gracia y aun la naturaleza más poderosa que en otros y en todos los padres juntos; y por este amor y aprecio que tenía de ser padre putativo del infante Jesús, se ha de medir el júbilo de su alma purísima oyéndose llamar padre del Hijo del mismo Dios y eterno Padre y viéndole tan hermoso y lleno de gracia y que le comenzaba a hablar con tan alta doctrina y sabiduría.

683. Todo aquel año primero del Niño Dios le había traído su dulcísima Madre envuelto en los fajos y mantillas en que suelen estar los otros niños, porque en esto no quiso señalarse diferente, en testimonio de su verdadera humanidad y también del amor de los mortales por quienes padecía aquella molestia que pudo excusar. Y juzgando la prudentísima Madre que ya era tiempo oportuno de sacarle de los fajos y ponerle en pie, o calzarle, como acá dicen, puesta de rodillas delante del Niño Dios que estaba en la cuna, le dijo: Hijo mío y

amor dulcísimo de mi alma y mi Señor, deseo como vuestra esclava ser puntual en daros gusto. Ya, lumbre de mis ojos, habéis estado mucho tiempo oprimido en las ligaduras de las fajas y en esto habéis hecho gran fineza de amor por los hombres, tiempo es ya que mudéis traje. Decidme, Dueño mío, ¿qué haré para ponerlos en pie?

684. Madre mía —respondió el infante Jesús—, por el amor que tengo a las almas que yo crié y vengo a redimir, no me han parecido molestas las ataduras de mi niñez, pues en mi edad perfecta he de ser atado, preso y entregado a mis enemigos y por ellos a la muerte. Y si esta memoria es dulce para mí por el gusto de mi eterno Padre, todo lo demás me será fácil. Mi vestido ha de ser sólo uno en este mundo, porque de él sólo quiero lo que me ha de cubrir, aunque todo lo criado es mío por haberle dado ser, pero entrególo a los hombres para que más me deban y enseñarles también cómo por mi ejemplo y amor han de negar y despreciar todo lo que es superfluo para la vida natural. Vestiréisme, Madre mía, de una túnica talar, de color humilde y común; ésta sola llevaré y crecerá conmigo. Y ha de ser sobre la que en mi muerte se han de echar suertes, porque aun ésta no ha de quedar a mi disposición, sino de otros, para que vean los hombres que nací y quiero vivir pobre y desnudo de las cosas visibles, que como son terrenas oprimen y oscurecen el corazón humano. En el punto que fui concebido en vuestro virginal vientre, hice este dejamiento y renunciación de lo que encierra y contiene el mundo, aunque todo es mío por la unión de mi naturaleza humana a la persona divina, y no tuve otra acción en esto visible más de para ofrecerlo todo a mi Eterno Padre renunciándolo por su amor, admitiendo sólo aquello que la vida natural pedía para darla después por los hombres. Con este ejemplo quiero enseñar y reprender al mundo para que ame la pobreza y no la desprecie, pues cuando yo, que soy señor de todo, lo

desvíó y renuncio todo, será confusión de los que me conocieren por la fe codiciar lo que yo enseñé a despreciar.

685. Hicieron en la divina Madre las palabras del Niño Dios admirables y diversos efectos; porque la memoria o representación de la muerte y prisiones de su Hijo santísimo traspasó su corazón candidísimo y compasivo y la doctrina y ejemplo de tan extremada pobreza y desnudez la admiró y provocó de nuevo a su imitación. El amor inmenso a los mortales la inflamó también para agradecerlo al Señor por todos, y en esto hizo actos heroicos de muchas virtudes. Y conociendo que el infante Jesús no quería más vestido ni calzado, dijo a Su Majestad: Hijo y Señor mío, no tendrá vuestra Madre corazón ni ánimo para en edad tan tierna ponerlos en el suelo los pies desnudos, admitid, amor mío, algún reparo en ellos que os defienda. Y también conozco que la vestidura áspera que me pedís, sin usar debajo otra de lienzo, ha de lastimar mucho vuestra delicada naturaleza y edad.—El infante Jesús la respondió: Madre mía, admito para los pies alguna cosa pobre, hasta que llegue el tiempo de mi predicación, porque entonces la he de hacer descalzo; pero el lienzo no le quiero usar, porque es fomento de la carne y de muchos vicios en los hombres, y con mi ejemplo quiero enseñar a muchos que le renunciarán por mi imitación y amor.

686. Puso luego la celestial Reina gran diligencia en cumplir la voluntad de su santísimo Hijo y buscando lana natural y sin teñir la hiló por sus manos muy delgada y de ella tejió una tunicela de una vez y sin costura, al modo de lo que se hace de aguja, y más propiamente parecía a lo que llaman terliz, porque hacía un cordoncillo y no era como el paño liso. Tejióla en un telarcillo, como las labores que llaman punto, sacándola toda de una pieza inconsútil misteriosamente. Y tuvo dos cosas milagrosas:

la una, que salió toda igual y sin ruga; la otra, que se le mejoró y mudó el color natural a la lana, a petición y voluntad de la divina Señora, en el color entre morado y plateado perfectísimo, quedando en un medio que no se podía determinar a ningún color, porque ni parecía del todo morada, ni plateada, ni parda que llaman fraileSCO, y de todo tenía. Hizo también unas sandalias como alpargatas de un hilo fuerte, con que calzó al niño Dios, y a más de esto, hizo una media tunicela de lienzo para que le sirviese de paños de honestidad; y en el capítulo siguiente diré lo que sucedió al vestir al infante Jesús.

687. Cumplióse por entonces el año de los misterios de la Encarnación y Natividad del Verbo divino respectivamente cada uno después que estaban en Egipto, y celebrando estos días tan festivos para la celestial Reina comenzó esta costumbre desde el primer año y la conservó toda la vida, como se verá en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 642ss) de los misterios que después fueron sucediendo. El de la Encarnación celebraba comenzando nueve días antes grandes ejercicios, en correspondencia de los nueve que precedieron, disponiéndola con tan admirables y grandes beneficios, como en el principio de esta segunda parte queda dicho (Cf. supra n. 4). Y el día que correspondía al de la Encarnación y Anunciación convidaba a los Santos Ángeles del cielo con los de su guarda, para que la ayudasen a la celebración de estos magníficos misterios, a reconocer y dar dignas gracias al Altísimo. Y al mismo infante Jesús pedía postrada en tierra en forma de cruz, que por ella alabase al Eterno Padre y le agradeciese lo que su divina diestra la favoreció y lo que hizo por el linaje humano dándole a su mismo Unigénito. Lo mismo repetía, cuando se cumplía el año de su virginal parto. Y estos días era la divina Señora muy favorecida y regalada del Altísimo, porque renovaba la continua memoria y reconocimiento de tan altos sacramentos. Y

porque había tenido inteligencia de lo que obligaba al Eterno Padre y le complacía el sacrificio de dolor que hacía postrada en tierra en cruz, con la memoria de que en ella había de ser clavado su divino Cordero, usaba de este ejercicio en todas las festividades, pidiendo se aplacase la divina justicia y solicitando misericordia para los pecadores. Y enardecida en el fuego de la caridad, se levantaba y daba fin a la celebración de las festividades con cánticos admirables que decía alternativamente con los Ángeles santos, los cuales ordenaban capilla de celestial y sonora música con que decían su verso y respondía la Reina más dulcemente para los oídos de Dios que todos los coros de los encumbrados serafines y bienaventurados y con mayor aceptación, porque resonaban los ecos de sus excelentes virtudes hasta llegar al consistorio de la beatísima Trinidad y tribunal del ser de Dios eterno.

Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo.

688. Hija mía, no puede tu capacidad ni de todas las criaturas juntas alcanzar perfectamente cuál fue el espíritu de pobreza de mi Hijo santísimo y el que me enseñó a mí; pero de lo que yo te he manifestado a ti puedes conocer mucho de la excelencia de esta virtud que tanto amó su Autor y Maestro y de lo que aborreció el vicio de la codicia. No podía el Criador aborrecer las mismas cosas a que dio el ser, pero conoció con su inmensa sabiduría el incomparable daño que los mortales habían de recibir de la avaricia y codicia desordenada de las cosas visibles y que este insano amor había de pervertir la mayor parte de la naturaleza humana, y según la ciencia que tuvo del número de los pecadores y prescitos que perdería el vicio de la avaricia y codicia, así fue el aborrecimiento que les tuvo.

689. Para ocurrir a este daño y prevenirle algún

antídoto y medicina, eligió mi Hijo santísimo la pobreza y la enseñó con palabra y ejemplo de tan admirable desnudez, y para que, si los mortales no se aprovecharan de este medicamento, tuviese justificada su causa el médico que les previno la salud y el remedio. Esta misma doctrina enseñé y ejercité yo en toda mi vida y con ella plantaron la Iglesia los Apóstoles y lo mismo han hecho y enseñado los Patriarcas y Santos que la han reformado y la sustentan, porque todos han amado la pobreza, como medio único y eficaz de la santidad, y han aborrecido las riquezas, como incentivo de todos los males y raíz de los vicios (1 Tim 6, 10). Esta pobreza quiero que ames y la busques con toda diligencia, porque es el ornato de las esposas de mi Hijo dulcísimo, sin el cual te aseguro, carísima, que las desconoce y repudia como desiguales y disímiles monstruosamente, pues no tiene proporción la esposa rica y abundante de superfluas alhajas con el esposo pobrísimo y destituido de todo, ni puede haber amor recíproco con tanta desigualdad.

690. Y si como hija legítima quieres imitarme perfectamente según tus fuerzas, como lo debes hacer, claro está que yo, pobre, no te reconoceré por hija si tú no lo eres, ni amaré en ti lo que aborrecí para mí. También te advierto que no te olvides de los beneficios del Altísimo que tan largamente recibes, y si en esto no eres muy atenta y agradecida, con la misma gravedad y tardanza de la naturaleza vendrás con facilidad a caer en este olvido y grosería. Renueva cada día esta memoria repetidas veces, dando siempre gracias al Señor con afecto amoroso y humilde; y entre todos los beneficios son memorables haberte llamado y aguardado, disimulado y encubierto tus faltas, y sobre esto multiplicado tan repetidos favores. Este recuerdo causará en tu corazón efectos dulces de amor y fuertes para trabajar con diligencia y en el Señor hallarás gracia y nueva remuneración, porque se obliga mucho del corazón

fiel y agradecido y por el contrario se ofende grandemente de que sus beneficios y obras no sean estimadas y agradecidas; porque como las hace con plenitud de amor, quiere ser correspondido con el retorno oficioso, leal y afectuoso.

CAPITULO 29

Viste la Madre santísima al infante Jesús la túnica inconsútil y le calza, y las acciones y ejercicios que el mismo Señor hacía.

691. Para vestir al Niño Dios la tunicela tejida con los paños y sandalias que la Madre misma había trabajado con sus manos, se puso la prudentísima Señora arrodillada en presencia de su dulcísimo Hijo y le habló de esta manera: Señor altísimo, Criador de los cielos y de la tierra, yo deseaba vestiros, si fuera posible, según la dignidad de vuestra divina persona; también quisiera yo poder haber hecho el vestido que os traigo de la sangre de mi corazón, pero juzgo será de vuestro agrado por lo que tiene de pobre y humilde. Perdonad, Señor y Dueño mío, las faltas y recibid el afecto de este inútil polvo y ceniza y dadme licencia para que os le vista.—Admitió el infante Jesús el servicio y obsequio de su purísima Madre, y luego ella le vistió y le calzó y le puso en pie. La tunicela le vino a su medida hasta cubrirle el pie sin arrastrarle y las mangas le cubrían hasta la mitad de las manos, y de nada se tomó antes medida. El cuello de la túnica era redondo, sin estar abierto por delante, y algo levantado y ajustado casi a la garganta, y con ser así se le vistió su divina Madre por la cabeza del Niño sin abrirle, porque la obedecía el vestido para acomodarle graciosamente a su voluntad. Y jamás se le quitó hasta que los sayones le desnudaron para azotarle y después para crucificarle, porque siempre fue creciendo con el sagrado cuerpo todo lo que era necesario. Lo mismo

sucedió de las sandalias y de los paños interiores que le puso la advertida Madre. Y nada se gastó ni envejeció en treinta y dos años: ni la túnica perdió el color y lustre con que la sacó de sus manos la gran Señora y mucho menos se manchó ni sucio, porque siempre estuvo en un mismo ser. Y las vestiduras que depuso el Redentor del mundo (Jn 13, 4) para lavar los pies a sus Apóstoles, era un manto o capa que llevaba sobre los hombros, y éste le hizo también la misma Virgen después que volvieron a Nazaret, y fue creciendo como la túnica, y del mismo color, algo más oscuro, tejido de aquel modo.

692. Quedó en pie el infante y Señor de las eternidades, que desde su nacimiento había estado envuelto en pañales y de ordinario en los brazos de su Madre santísima. Pareció hermosísimo sobre los hijos de los hombres (Sal 44, 3). Y los Ángeles se admiraron de la elección que hizo de tan humilde y pobre traje el que viste a los cielos de luz y a los campos de hermosura. Anduvo luego por sus pies perfectamente en presencia de sus padres, porque con los de fuera se disimuló algún tiempo esta maravilla, recibéndole la Reina en sus brazos cuando concurrían los extraños y de fuera de su casa. Fue incomparable el júbilo de la divina Señora y del santo esposo José viendo a su infante andar en pie y de tan rara hermosura. Recibió el pecho de su Madre purísima hasta cumplir año y medio y le dejó, y en lo restante comió siempre poco en la cantidad y en la calidad. **Su comida era al principio unas sopillas en aceite y frutas o pescado**, y hasta que fue creciendo le daba la Virgen Madre tres veces de comer, como antes la leche, a la mañana, tarde y a la noche. Jamás el Niño Dios lo pidió, pero la amorosa Madre cuidaba con rara advertencia de darle a sus tiempos la comida, hasta que ya crecido comía a las mismas horas que los divinos esposos y no más. Así perseveró hasta la edad perfecta, de que hablaré adelante. Y cuando comía con sus padres,

siempre aguardaban que el Niño divino diese la bendición al principio y las gracias al fin de la comida.

693. Después que el infante Jesús andaba por sí mismo, comenzó a retirarse y estar solo algunos ratos en el oratorio de su Madre. Y deseando la prudentísima Señora saber la voluntad de su Hijo santísimo en estar solo o con ella, la respondió el mismo Señor al pensamiento y la dijo: Madre mía, entrad y estad conmigo siempre, para que me imitéis y copiéis respectivamente mis obras, porque en vos quiero que se ejecute y estampe la alta perfección que he deseado para las almas. Porque si ellas no hubieran resistido a mi primera voluntad de que fueran llenas de santidad y dones, los recibieran copiosísimos y abundantes, pero habiéndolo impedido el linaje humano, quiero que en vos sola se cumpla todo mi beneplácito y se depositen en vuestra alma los tesoros y bienes de mi diestra, que las demás criaturas han malogrado y perdido. Atended, pues, a mis obras, para imitarme en ellas.

694. Con este orden se constituyó de nuevo la divina Señora por discípula de su Hijo santísimo, y desde entonces entre los dos pasaron tantos y tan ocultos misterios, que ni es posible decirlos ni se conocerán hasta el día de la eternidad. Postrábase muchas veces en tierra el Niño Dios, otras se ponía en el aire en cruz levantado del suelo y siempre oraba al Padre por la salvación de los mortales. Y en todo le seguía y le imitaba su amantísima Madre, porque le eran manifiestas las operaciones interiores del alma santísima de su dulcísimo Hijo como las exteriores del cuerpo. De esta ciencia y conocimiento de María purísima he hablado algunas veces en esta Historia (Cf. supra n. 481, 534,546) y es fuerza renovar su memoria muchas veces, porque ésta fue la luz y ejemplar por donde copió su santidad, y fue tan singular beneficio para Su Alteza, que no le pueden

comprender ni manifestar todas juntas las criaturas. No siempre tenía la gran Señora visiones de la divinidad, pero siempre la tuvo de la humanidad y alma santísima de su Hijo y de todas sus obras, y por especial modo miraba los efectos que resultaban en ella de las uniones hipostática y beatífica. Aunque en sustancia no siempre veía la gloria ni la unión, pero conocía los actos interiores con que la humanidad reverenciaba, magnificaba y amaba a la divinidad a que estaba unida; y este favor fue singular en la Madre Virgen.

695. En estos ejercicios (Cf. infra n. 848, 912) sucedía muchas veces que el infante Jesús, a vista de su Madre santísima, lloraba y sudaba sangre —que antes del huerto sudó muchas veces— y la divina Señora le limpiaba el rostro; **y en su interior miraba y conocía la causa de aquella congoja, que siempre era la perdición de los prescitos, ingratos a los beneficios de su Criador y Reparador, y por haberse de malograr en ellos las obras del poder y bondad infinita del Señor.** Otras veces le hallaba su Madre felicísima todo refulgente y lleno de resplandor y que los Ángeles le cantaban dulces cánticos de alabanza, y conocía también que el eterno Padre se complacía de su Hijo único y dilecto (Mt 17, 5). Todas estas maravillas comenzaron desde que el Niño Dios estuvo en pie cumplido un año de edad, y de todas fue testigo sola su Madre santísima, en cuyo corazón se habían de depositar (Lc 2, 19) como en la que sola era única y escogida para su Hijo y Criador. Las obras con que acompañaba al infante Jesús, de amor, de alabanza, reverencia y gratitud, las peticiones que hacía por el linaje humano, todo excede a mi capacidad para decir lo que conozco; remítome a la fe y piedad cristiana.

696. Crecía el infante Jesús con admiración y agrado de todos los que le conocían; y llegando a tocar en los seis años comenzó a salir de su casa algunas veces para ir a

los enfermos y hospitales, donde visitaba a los necesitados y misteriosamente los consolaba y confortaba en sus trabajos. Conocíanle muchos en Heliópolis; y con la fuerza de su divinidad y santidad atraía a sí los corazones de todos, y muchas personas le ofrecían algunas dádivas y según las razones y motivos que con su ciencia conocía las recibía, o despedía, y dispensaba entre los pobres. Pero con la admiración que causaban sus razones llenas de sabiduría y su compostura modestísima y grave, iban muchos a dar el parabién y bendiciones a sus padres de que tenían tal Hijo. Y aunque todo esto era ignorando el mundo los misterios y dignidad de Hijo y Madre, con todo eso daba lugar el Señor del mundo, como honrador de su Madre santísima, para que la venerasen en él y por él en cuanto era posible entonces, sin conocer los hombres la razón particular de darle la mayor reverencia.

697. Muchos niños de Heliópolis se llegaban a nuestro infante Jesús, como es ordinario en la igual edad y similitud exterior. Y como en ellos no había discurso ni malicia grande para inquirir ni juzgar si era más que hombre ni impedir la luz, dásela el Maestro de la verdad a todos los que convenía y los informaba de la noticia de la divinidad y de las virtudes, los doctrinaba y catequizaba en el camino de la vida eterna más abundantemente que a los mayores. Y como sus palabras eran vivas y eficaces (Heb 4, 12), los atraía y movía, imprimiéndolas en sus corazones de manera que cuantos tuvieron esta dicha fueron después grandes varones y santos, porque con el tiempo dieron el fruto de aquella celestial semilla sembrada tan temprano en sus almas.

698. De todas estas obras admirables tenía noticia la divina Madre; y cuando su Hijo santísimo venía de hacer la voluntad de su eterno Padre, mirando por las ovejas

que le encomendó, estando a solas se postraba la Reina de los Ángeles en tierra, para darle gracias por los beneficios que hacía a los párvulos e inocentes que no le conocían por su Dios verdadero, y le besaba el pie como a Pontífice sumo de los cielos y de la tierra. Y lo mismo hacía cuando el niño salía fuera, y Su Majestad la levantaba del suelo con agrado y benevolencia de Hijo. Pedíale también la Madre su bendición para todas las obras que hacía, y jamás perdía ocasión en que no ejercitase todos los actos de virtud con el afecto y fuerza de la gracia. Nunca la tuvo vacía, sino que obró con toda plenitud, aumentando la que la daban. Buscaba muchos modos y medios para humillarse esta gran Señora, adorando al Verbo humanado con genuflexiones profundísimas, postraciones afectuosas y otras ceremonias llenas de santidad y prudencia. Y esto fue con tal sabiduría, que causaba admiración a los mismos Ángeles que la asistían, y unos a otros, alternando divinas alabanzas, se decían: ¿Quién es esta pura criatura tan afluyente de delicias (Cant 8, 5) para nuestro Criador y su Hijo? ¿Quién es esta tan advertida y sabia en dar honra y reverencia al Altísimo, que en su atención y presteza se nos adelanta a todos con afecto incomparable?

699. En el trato y conversación de sus padres, después que comenzó a crecer y andar este admirable y hermoso Niño, guardaba más severidad que siendo de menos edad y cesaron las caricias más tiernas, aunque siempre habían sido con la medida que arriba se dijo, porque en su semblante mostraba tanta majestad de su oculta deidad, que si no la templara con alguna suavidad y agrado muchas veces causara tan gran temor reverencial que no se atrevieran a hablarle. Pero con su vista sentía la divina Madre y también San José eficaces y divinos efectos, en que se manifestaba la fuerza de la divinidad y su poder y asimismo que era Padre benigno y piado-

sísimo. Junto con esta grave majestad y magnificencia se mostraba Hijo de la divina Madre, y a San José le trataba como a quien tenía este nombre y oficio; así los obedecía (Lc 2, 51) como hijo humildísimo a sus padres. Y todos estos oficios y acciones de severidad y obediencia, majestad y humildad, gravedad divina y apacibilidad humana las dispensaba el Verbo Encarnado con sabiduría infinita, dando a cada uno lo que pedía, sin que se confundiesen ni encontrasen la grandeza con la pequeñez. Y la celestial Señora estaba atentísima a todos estos sacramentos y sola ella penetraba alta y dignamente —lo que a pura criatura era posible— las obras de su Hijo santísimo y el modo que en ellas tenía su inmensa sabiduría. Y sería intentar un imposible querer con palabras declarar los efectos que todo esto hacía en su purísimo y prudentísimo espíritu y cómo imitaba a su dulcísimo Hijo copiando en sí misma una viva imagen de su inefable santidad. Las almas que se redujeron y salvaron en Heliópolis y en todo Egipto, los enfermos que curaron, las maravillas que obraron en siete años que fueron sus moradores, no se pueden reducir a número; tan dichosa culpa fue la crueldad de Herodes para Egipto; y tanta es la fuerza de la bondad y sabiduría infinita, que los mismos males y pecados ordena a grandes bienes y los saca de ellos, y si en una parte le arrojan y cierran la puerta para sus misericordias, llama en otras y hace que se las abran y le den entrada, porque la propensión que tiene a favorecer al linaje humano y su ardiente caridad no la pueden extinguir las muchas aguas de nuestras culpas e ingratitudes (Cant 8, 7).

Doctrina que me dio la Reina de los cielos María santísima.

700. Hija mía, desde el primer mandato que tuviste de escribir esta Historia de mi vida, has conocido que entre otros fines del Señor, uno es dar a conocer al mundo lo

que deben los mortales a su divino amor y al mío, de que viven tan insensibles y olvidados. Verdad es que todo se comprende y manifiesta en haberlos amado hasta morir en cruz por ellos, que fue el último término a que pudieron llegar los efectos de su inmensa caridad, pero a muchos ingratisimos les da hastío la memoria de este beneficio y para ellos y para todos sería nuevo incentivo y estímulo conocer algo de lo que hizo Su Majestad por ellos en treinta y tres años, pues cualquiera de sus obras fue de infinito aprecio y merece agradecimiento eterno. A mí me puso el poder divino por testigo de todo, y te aseguro, carísima, que desde el primer instante que fue concebido en mi vientre no descansó ni cesó de clamar al Padre y pedir por la salvación de los hombres. Y desde allí comenzó a abrazar la cruz, no sólo con el afecto, sino también con efecto en el modo que era posible, usando de la postura de crucificado en su niñez, y estos ejercicios continuó por toda la vida. Y en ellos le imité yo, acompañándole en las obras y peticiones que hacía por los hombres, después del primer acto que hizo de agradecer los beneficios de su humanidad santísima.

701. Vean ahora los mortales si yo, que fui testigo y cooperadora de su salud, lo seré también en el día del juicio de cuan bien justificada tiene Dios su causa con ellos, y si justísimamente les negaré mi intercesión a los que han despreciado y olvidado estultamente tantos y tan suficientes favores y beneficios, efectos del divino amor de mi Hijo santísimo y mío. ¿Qué respuesta, qué descargo, qué disculpa tendrán estando tan advertidos, amonestados e ilustrados de la verdad? ¿Cómo los ingratos y pertinaces han de esperar misericordia de un Dios justísimo y rectísimo, que les dio tiempo determinado y oportuno y en él los convidó, llamó, esperó y favoreció con inmensos beneficios, y todos los malograron y perdieron por seguir la vanidad? Teme, hija mía, este mayor de los peligros y ceguedades y renueva

en tu memoria las obras de mi Hijo santísimo y las mías y con todo fervor las imita y continúa los ejercicios de la cruz con orden de la obediencia, para que tengas en ellos presentes lo que debes imitar y agradecer. Pero advierte que mi Hijo y Señor pudo, sin tanto padecer, redimir al linaje humano y quiso acrecentar sus penas con inmenso amor de las almas. La correspondencia debida a tal dignación ha de ser no contentarse la criatura con poco, como lo hacen de ordinario los hombres con infeliz ignorancia; añade tú una virtud y trabajo a otros, para que correspondas a tu obligación y acompañes a mi Señor y a mí en lo que trabajamos en el mundo, y todo lo ofrece por las almas, juntándolo con sus merecimientos en la presencia del Padre eterno.

CAPITULO 30

Vuelven de Egipto a Nazaret Jesús, María y José por la voluntad del Altísimo.

702. Cumplió los siete años de su edad el infante Jesús estando en Egipto, que era el tiempo de aquel misterioso destierro destinado por la eterna sabiduría, y para que se cumpliesen las profecías era necesario que se volviese a Nazaret. Esta voluntad intimó el Eterno Padre a la humanidad de su Hijo santísimo un día en presencia de su divina Madre, estando juntos en sus ejercicios, y ella la conoció en el espejo de aquella alma deificada y vio cómo aceptaba la obediencia del Padre para ejecutarla. Hizo lo mismo la gran Señora, aunque en Egipto tenía ya más conocidos y devotos que en Nazaret. No manifestaron Hijo y Madre a San José el nuevo orden del Cielo, pero aquella noche le habló en sueños el Ángel del Señor, como San Mateo dice (Mt 2, 19), y le avisó que tomase al Niño y a la Madre y se volviese a tierra de Israel, porque ya Herodes y los que con él procuraban la muerte del Niño Dios eran muertos. Tanto quiere el

Altísimo el buen orden en todas las cosas criadas, que con ser Dios verdadero el Niño Jesús y su Madre tan superior en santidad a San José, con todo eso no quiso que la disposición de la jornada a Galilea saliese del Hijo ni de la Madre santísimos, sino que lo remitió todo a San José, que en aquella familia tan divina tenía oficio de cabeza; para dar forma y ejemplar a todos los mortales de lo que agrada al Señor que todas las cosas se gobiernen por el orden natural y dispuesto por su providencia y que los inferiores y súbditos en el cuerpo místico, aunque sean más excelentes en otras cualidades y virtudes, han de obedecer y rendirse a los que son superiores y prelados en el oficio visible.

703. Fue luego San José a dar cuenta al infante Jesús y a su purísima Madre del mandato del Señor y entrambos le respondieron que se hiciese la voluntad del Padre celestial. Y con esto determinaron su jornada sin dilación y distribuyeron a los pobres las pocas alhajas que tenían en su casa. Y esto se hizo por mano del Niño Dios, porque la divina Madre le daba muchas veces lo que había de llevar de limosna a los necesitados, conociendo que el Niño, como Dios de misericordias, la quería ejecutar por sus manos. Y cuando le daba su Madre santísima estas limosnas, se hincaba de rodillas y le decía: Tomad, Hijo y Señor mío, lo que deseáis, para repartirlo con nuestros amigos los pobres, hermanos vuestros.—En aquella feliz casa, que por la habitación de los siete años quedó santificada y consagrada en templo por el Sumo Sacerdote Jesús, entraron a vivir unas personas de las más devotas y piadosas que dejaban en Heliópolis; porque su santidad y virtudes les granjearon la dicha que ellos no conocían, aunque por lo que habían visto y experimentado se reputaron por bien afortunados en vivir donde sus devotos forasteros habían habitado tantos años. Y esta piedad y afecto devoto les fue pagada con abundante luz y auxilios para conseguir la felicidad

eterna.

704. Partieron de Heliópolis para Palestina con la misma compañía de los Ángeles que habían llevado en la otra jornada. La gran Reina iba en un asnillo con el Niño Dios en su falda y San José caminaba a pie muy cerca del Hijo y Madre. La despedida de los conocidos y amigos que tenían fue muy dolorosa para todos los que perdían tan grandes bienhechores, y con increíbles lágrimas y sollozos se despedían de ellos, conociendo y confesando que perdían todo su consuelo, su amparo y el remedio de sus necesidades. Y con el amor que les tenían los egipcios a los tres, parecía muy dificultoso que los permitiesen salir de Heliópolis si no lo facilitara el poder divino, porque ocultamente en sus corazones sentían la noche de sus miserias con ausentárseles el Sol que en ellas les alumbraba y consolaba. Antes de salir a los despoblados pasaron por algunos lugares de Egipto y en todos fueron derramando gracia y beneficios, porque no eran ya tan ocultas las maravillas hechas hasta entonces que no hubiese gran noticia en toda aquella provincia. Y con esta fama extendida por toda la tierra salían a buscar su remedio los enfermos, afligidos y necesitados y todos le llevaban en alma y cuerpo. Curaron muchos dolientes y expelieron gran multitud de demonios, sin que ellos conociesen quién los arrojaba al profundo, aunque sentían la virtud divina que los compelia y hacía tantos bienes a los hombres.

705. No me detengo en referir los sucesos particulares que tuvieron en esta jornada y salida de Egipto el infante Jesús y su beatísima Madre, porque no es necesario, ni sería posible sin detenerme mucho en esta Historia; basta decir que todos los que llegaron a ellos con algún afecto piadoso, más o menos salieron de su presencia ilustrados de la verdad y socorridos de la gracia y heridos del divino amor y sentían una oculta fuerza que

los movía y obligaba a seguir el bien y dejando el camino de la muerte buscar el de la eterna vida. Venían al Hijo traídos del Padre (Jn 6, 44) y volvían al Padre enviados por el Hijo (Jn 14, 6) con la divina luz que encendía en sus entendimientos para conocer la divinidad del Padre, si bien la ocultaba en sí mismo porque no era tiempo de manifestarla, aunque siempre y en todos tiempos obraba divinos efectos de aquel fuego que venía a derramar y encender en el mundo (Lc 12, 49).

706. Cumplidos en Egipto los misterios que la divina voluntad tenía determinados y dejando aquel reino lleno de milagros y maravillas, salieron nuestros divinos peregrinos de la tierra poblada y entraron en los desiertos por donde habían venido. Y en ellos padecieron otros nuevos trabajos, semejantes a los que llevaron cuando fueron desde Palestina, porque siempre daba el Señor tiempo y lugar a la necesidad y tribulación para que el remedio fuese oportuno (Sal 144, 15). Y en estos aprietos se le enviaba él mismo por mano de los Ángeles santos, algunas veces por el modo que en la primera jornada (Cf. supra n. 634), otras veces mandándoles el mismo infante Jesús que trajesen la comida a su Madre santísima y a su esposo, que para gozar más de este favor oía el orden que se les daba a los ministros espirituales y cómo obedecían y se ofrecían prontos y veía lo que traían; con que se alentaba y consolaba el santo Patriarca en la pena de no tener el sustento necesario para el Rey y Reina de los cielos. Otras veces usaba el Niño Dios de la potestad divina, y de algún pedazo de pan hacía que se multiplicase todo lo necesario. Lo demás de esta jornada fue como tengo dicho en la primera parte, capítulo 22, y por esto no me ha parecido necesario repetirlo. Pero cuando llegaron a los términos de Palestina, el cuidadoso esposo tuvo noticia que Arquelao había sucedido en el reino de Judea por Herodes su padre (Mt 2, 22), y temiendo si con el

reino habría heredado la crueldad contra el infante Jesús, torció el camino y sin subir a Jerusalén ni tocar en Judea atravesó por la tierra del tribu de Dan y de Isacar a la inferior Galilea, caminando por la costa del mar Mediterráneo, dejando a la mano derecha a Jerusalén.

707. Pasaron a Nazaret, su patria, porque el Niño se había de llamar Nazareno (Mt 2, 23), y hallaron su antigua y pobre casa en poder de aquella mujer santa y deudora de San José en tercer grado que, como dije en el tercer libro, capítulo 17, núm. 227, acudió a servirle cuando nuestra Reina estuvo ausente en casa de Santa Isabel, y antes de salir de Judea, cuando partieron para Egipto, la había escrito el santo esposo cuidase de la casa y de lo que dejaban en ella. Todo lo hallaron muy guardado, y a su deudora, que los recibió con gran consuelo por el amor que tenía a nuestra gran Reina, aunque entonces no sabía su dignidad. Entró la divina Señora con su Hijo santísimo y su esposo San José y luego se postró en tierra, adorando al Señor y dándole gracias por haberlos traído a su quietud, libres de la crueldad de Herodes y defendidos de los peligros de su destierro y de tan largas y molestas jornadas, y sobre todo de que venía con su Hijo santísimo tan crecido y lleno de gracia y virtud (Lc 2, 40).

708. Ordenó luego la beatísima Madre su vida y ejercicios con disposición del Niño Dios, no porque en el camino se hubiese desordenado en cosa alguna, que siempre la prudentísima Señora continuaba respectivamente las acciones perfectísimas en el camino, a imitación de su Hijo santísimo, pero estando ya quieta en su casa, tenía disposición para hacer muchas cosas que fuera de ella no era posible, aunque en todas partes la mayor solicitud era cooperar con su Hijo santísimo en la salvación de las almas, que era la obra encomendada del eterno Padre. Para este fin altísimo

ordenó nuestra Reina sus ejercicios con el mismo Redentor y en ellos se ocupaban, como en el discurso de esta parte veremos. El santo esposo José dispuso también lo que tocaba a sus ocupaciones y oficio, para granjear con su trabajo el sustento del Niño Dios y de la Madre y de sí mismo. Tanta fue la felicidad de este santo Patriarca, que si en los demás hijos de Adán fue castigo y pena condenarlos al trabajo de sus manos y al sudor de su cara (Gen 3, 17-19) para alimentar con él la vida natural, pero en San José fue bendición, beneficio y consuelo sin igual elegirle para que su trabajo y sudor alimentase al mismo Dios y a su Madre, cuyo es el cielo y tierra y cuanto en ellos se contiene.

709. El agradecer este cuidado y trabajo del santo José tomó por su cuenta la Reina de los Ángeles, y en correspondencia de esto le servía y cuidaba de su pobre comida y regalo con incomparable atención y cuidado, agradecimiento y benevolencia. Estábase obediente en todo y humillada en su estimación como si fuera sierva y no esposa y, lo que más es, Madre del mismo Criador y Señor de todo. Reputábase por indigna de cuanto tenía ser y de la misma tierra que la sustentaba, porque juzgaba que de justicia le debían faltar todas las cosas. Y en el conocimiento de haber sido criada de nada, sin poder obligar a Dios para este beneficio ni después, a su parecer, para otro alguno, fundó tanto su rara humildad, que siempre vivía pegada con el polvo y más deshecha que él en su propia estimación. Cualquiera beneficio, por pequeño que fuese, le agradecía con admirable sabiduría al Señor como a primer origen y causa de todo bien y a las criaturas como instrumentos de su poder y bondad: a unos porque le hacían beneficios, a otros porque se los negaban, a otros porque la sufrían, a todos se reconocía deudora y los llenaba de bendiciones de dulzura y se ponía a los pies de todos, buscando medios y artificios, arbitrios y trazas para que en ningún tiempo ni

ocasión se le pasase sin obrar en todo lo más santo, perfecto y levantado de las virtudes, con admiración de los Ángeles, agrado y beneplácito del Altísimo.

Doctrina que me dio la misma Reina del cielo.

710. Hija mía, en las obras que el Altísimo hizo conmigo, mandándome peregrinar de unas partes y reinos a otros, nunca se turbó mi corazón ni se contristó mi espíritu, porque siempre le tuve preparado para ejecutar en todo la voluntad divina. Y aunque Su Majestad me daba a conocer los fines altísimos de sus obras, pero no era esto siempre en los principios, para que más padeciese, porque en el rendimiento de la criatura no se han de buscar más razones de que lo manda el Criador y que él lo dispone todo. Y sólo por estas noticias se reducen las almas, que sólo aprenden a dar gusto al Señor, sin distinguir sucesos prósperos ni adversos y sin atender a los sentimientos de sus propias inclinaciones. En esta sabiduría quiero de ti que te adelantes y a imitación mía y por lo que estás obligada a mi Hijo santísimo recibas lo próspero y adverso de la vida mortal con una misma cara, igualdad de ánimo y serenidad, sin que lo uno te contriste ni lo otro te levante en vana alegría, y sólo atiendas a que todo lo ordena el Altísimo por su beneplácito.

711. La vida humana está tejida con esta variedad de sucesos: unos de gusto y otros de pena para los mortales, unos que aborrecen y otros que desean; y como la criatura es de corazón limitado y estrecho, de aquí le nace inclinarse con desigualdad a estos extremos, porque admite con demasiado gusto lo que ama y desea y, por el contrario, se desconsuela y contrista cuando le sucede lo que aborrece y no quería. Y estas transmutaciones y vaivenes hacen peligrar a todas o muchas virtudes, porque el amor desordenado de alguna

cosa que no consigue la mueve luego a apetecer otra, buscando en deseos nuevos el alivio de la pena en los que no consiguió, y si los consigue se embriaga y desmanda en el gusto de tener lo que apetecía, y con estas veleidades se arroja a mayores desórdenes de diferentes movimientos y pasiones. Advierte, pues, carísima, este peligro y atájale por la raíz, conservando tu corazón independiente y sólo atento a la Divina Providencia, sin dejarle inclinar a lo que apetecieras y te diere gusto, ni aborrecer lo que te fuere penoso. Y sólo en la voluntad de tu Señor te alegra y deleita, y no te precipiten tus deseos ni te acobarden tus temores de cualquier suceso, ni tampoco las ocupaciones exteriores te impidan ni te diviertan de tus santos ejercicios, y mucho menos el respeto y atención de criaturas, y en todo atiende a lo que yo hacía; sigue mis pisadas afectuosa y diligente.

LIBRO V

CONTIENE LA PERFECCIÓN CON QUE MARÍA SANTÍSIMA COPIABA E IMITABA LAS OPERACIONES DEL ALMA DE SU HIJO AMANTÍSIMO, Y CÓMO LA INFORMABA DE LA LEY PE GRACIA, ARTÍCULOS DE LA FE, SACRAMENTOS Y DIEZ MANDAMIENTOS, Y LA PRONTITUD Y ALTEZA CON QUE LA OBSERVABA; LA MUERTE DE SAN JOSÉ; LA PREDICACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA; EL AYUNO Y BAUTISMO DE NUESTRO REDENTOR; LA VOCACIÓN DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS Y EL BAUTISMO DE LA VIRGEN MARÍA SEÑORA NUESTRA.

CAPITULO 1

Dispone el Señor a María santísima con alguna severidad y ausencia estando en Nazaret, y de los fines

que tuvo en este ejercicio.

712. Vinieron ya de asiento a Nazaret Jesús, María y José, donde se convirtió en nuevo cielo aquella humilde y pobre morada en que vivían. Y para decir yo los misterios y sacramentos que pasaron entre el niño Dios y su purísima Madre hasta cumplir Su Alteza los doce años de edad y después hasta la predicación, fueran necesarios muchos libros y capítulos y en todos dijera poco, por la grandeza inefable del objeto y por la pequeñez de mujer ignorante cual yo soy. Diré algo con la luz que me ha dado esta gran Señora y dejaré siempre oculto lo más que se podía decir, porque no todo es posible ni conveniente alcanzarlo en esta vida y se reserva para la que esperamos.

713. A pocos días de la vuelta de Egipto a Nazaret, determinó el Señor ejercitar a su Madre santísima al modo que lo hizo en su niñez, como queda dicho en el segundo libro de la primera parte, capítulo 27, aunque ahora estaba más robusta en el uso del amor y plenitud de sabiduría. Pero como el poder de Dios es infinito y la materia de su divino amor es inmensa y también la capacidad de la Reina era superior a todas las criaturas, ordenó el mismo Señor levantarla a mayor estado de santidad y méritos. Y junto con esto, como verdadero maestro de espíritu, quiso formar una discípula tan sabia y excelente que después fuese maestra consumada y ejemplar vivo de la doctrina de su Maestro, como lo fue María santísima después de la ascensión de su Hijo y Señor nuestro a los cielos, de que trataré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 106, 183, 209). Era también conveniente y necesario para la honra de Cristo nuestro Redentor que la doctrina evangélica con que y en que había de fundar la nueva ley de gracia, tan santa, sin mácula y sin ruga (Ef 5, 27), quedase acreditada en su eficacia y virtud, formando alguna pura

criatura en quien se hallasen sus efectos adecuada y cabalmente y fuese lo más perfecto en aquel género, por donde se regulasen y midiesen todos los demás inferiores. Y estaba puesto en razón que esta criatura fuese la beatísima María, como Madre y más allegada al Maestro y mismo Señor de la santidad.

714. Determinó el Altísimo que la divina Señora fuese la primera discípula de su escuela y primogénita de la nueva ley de gracia, la estampa adecuada de su idea y la materia dispuesta donde como en cera blanda se imprimiera el sello de su doctrina y santidad, para que Hijo y Madre fuesen las dos tablas verdaderas de la nueva ley que venía a enseñar al mundo. Y para conseguir este altísimo fin, prevenido en la divina sabiduría, le manifestó todos los misterios de la ley evangélica y de su doctrina, y todo lo trató y confirió con ella desde que vinieron de Egipto hasta que salió el Redentor del mundo a predicar, como en el discurso de adelante veremos. En estos ocultos sacramentos se ocuparon el Verbo humanado y su Madre santísima veinte y tres años que estuvieron en Nazaret antes de la predicación. Y como tocaba todo esto a la divina Madre, cuya vida no escribieron los evangelistas, por esto lo dejaron en silencio, salvo lo que sucedió a los doce años cuando el infante Jesús se hizo perdidizo en Jerusalén, como lo refiere san Lucas (Lc 2, 41ss) y adelante diré (Cf infra n. 747). En este tiempo sola María santísima fue discípula de su Hijo unigénito. Y sobre los inefables dones de santidad y gracia que hasta aquella hora le había comunicado, le infundió nueva luz y la hizo participante de su divina ciencia, depositando en ella y grabando en su corazón toda la ley de gracia y la doctrina que hasta el fin del mundo había de enseñar en su Iglesia evangélica. Y esto fue por tan alto modo, que no se puede explicar con razones ni palabras, pero quedó la gran Señora tan docta y sabia, que bastaba para

ilustrar muchos mundos, si los hubiera, con su enseñanza.

715. Y para levantar este edificio en el corazón purísimo de su Madre santísima sobre todo lo que no era Dios, echó los fundamentos el mismo Señor, probándola en la fortaleza del amor y de todas las virtudes. Para esto se le ausentó el Señor interiormente, retirándosele de aquella vista ordinaria que le causaba continuo júbilo y gozo espiritual correspondiente a este beneficio. No digo que la dejó el Señor, pero que, estando con ella y en ella por inefable gracia y modo, se le ocultó su vista y suspendió los efectos dulcísimos que con ella tenía, ignorando la divina Señora el modo y la causa, porque nada le manifestó Su Majestad. A más de esto, el mismo Hijo y Niño Dios, sin darle a entender otra cosa, se le mostró más severo que solía y estaba menos con ella corporalmente, porque se retiraba muchas veces y le hablaba pocas palabras, y aquellas con grande entereza y majestad. Y lo que más podía afligirla fue hallar eclipsado aquel sol que reverberaba en el cristalino espejo de la humanidad santísima en que solía ver las operaciones de su alma purísima, de manera que ya no las podía ver como solía, para ir copiando aquella imagen viva como antes lo hacía.

716. Esta novedad, sin otro aviso alguno, fue el crisol en que se renovó y subió de quilates el oro purísimo del amor santo de nuestra gran Reina. Porque admirada de lo que sin hallarse prevenida le había sucedido, luego recurrió al humilde concepto que de sí misma tenía, juzgándose indigna de la vista del Señor que se le había escondido, y todo lo atribuyó a que su ingratitud y poca correspondencia no habían dado al Altísimo y Padre de las misericordias el retorno que le debía por los beneficios de su larguísima mano. No sentía la prudentísima Reina que le faltasen los regalos dulcísimos

y caricias ordinarias del Señor, pero el recelo de que si le había disgustado o si había faltado en alguna cosa de su servicio y beneplácito, esto la traspasaba el corazón candidísimo con una flecha de dolor. No sabe pensar menos el amor cuando es tan verdadero y noble, porque todo se emplea en el gusto y bien del bien que ama, y cuando le imagina sin este gusto o recela descontento no sabe descansar fuera del agrado y satisfacción del amado. Estas congojas amorosas de la divina Madre eran para su Hijo santísimo de sumo agrado, porque le enamoraban de nuevo y los afectos tiernos de su única y dilecta le herían el corazón (Cant 4, 9), mas con amorosa industria; cuando la dulce Madre le buscaba (Cant 3, 1) y quería hablarle, se mostraba siempre severo y disimulado. Y con esta entereza misteriosa el incendio del castísimo corazón de la Madre levantaba la llama, como la fragua y la hoguera con el rocío.

717. Hacía la candida paloma heroicos actos de todas las virtudes: humillábase más que el polvo, reverenciaba a su Hijo santísimo con profunda adoración, bendecía al Padre y le daba gracias por sus admirables obras y beneficios, conformándose con su divina disposición y beneplácito; buscaba su voluntad santa y perfecta para cumplirla en todo; encendíase en amor, en fe y en esperanza; y en todas las obras y sucesos aquel nardo fragantísimo despedía olor de suavidad para el Rey de los reyes (Cant 1, 11), que descansaba en el corazón de María santísima como en su lecho y tálamo florid (Cant 1, 15) y oloroso. Perseveraba en continuas peticiones con lágrimas, con gemidos y con repetidos suspiros de lo íntimo del corazón, derramaba su oración en la presencia del Señor y pronunciaba su tribulación ante el divino acatamiento (Sal 141, 3). Y muchas veces vocalmente le decía palabras de incomparable dulzura y amoroso dolor.

718. Criador de todo el universo —decía—, Dios eterno y

poderoso, infinito en sabiduría y bondad, incomprendible en el ser y perfecciones, bien sé que mi gemido no se esconde a vuestra sabiduría (Sal 37, 10) y conocéis, bien mío, la herida que traspasa mi corazón. Si como inútil sierva he faltado a vuestro servicio y gusto, ¿por qué, vida de mi alma, no me afligís y castigáis con todos los dolores y penas de la vida mortal en que me hallo y que no vea yo la severidad de vuestro rostro que merece quien os ha ofendido? Todos los trabajos fueran menos, pero no sufre mi corazón hallaros indignado, porque solo vos, Señor, sois mi vida, mi bien, mi gloria y mi tesoro. No estima ni reputa mi corazón otra cosa alguna de todo lo que habéis criado, ni sus especies entraron en mi alma, más de para magnificar vuestra grandeza y reconoceros por dueño y Criador de todo. Pues ¿qué haré yo, bien mío y mi Señor, si me falta la lumbre de mis ojos (Sal 37, 11), el blanco de mis deseos, el norte de mi peregrinación, la vida que me da ser y todo el ser que me alimenta y da la vida? ¿Quién dará fuentes a mis ojos (Jer 9, 1) para que lloren el no haberme aprovechado de tantos bienes recibidos, de haber sido tan ingrata en el retorno que debía? Dueño mío, mi luz, mi guía, mi camino y mi maestro, que con vuestras obras sobreperfectísimas y excelentes gobernabais las mías frágiles y tibias, si me ocultáis este ejemplar ¿cómo regularé yo mi vida a vuestro gusto? ¿Quién me llevará segura en este oscuro destierro? ¿Qué haré? ¿A quién me convertiré si vos me despedís de vuestro amparo?

719. No descansaba con todo esto la cierva herida, pero como sedienta de las fuentes purísimas de la gracia acudía también a sus Santos Ángeles y con ellos tenía largas conferencias y coloquios, y les decía: Príncipes soberanos y privados íntimos del supremo Rey, amigos suyos y custodios míos, por vuestra segura felicidad de ver siempre su divino rostro en la luz inaccesible, os pido que me digáis la causa de su enojo, si le tiene.

Clamad también por mí en su real presencia, para que por vuestros ruegos me perdone, si por ventura le ofendí. Acordadle, amigos míos, que soy polvo, aunque fabricada por sus manos y sellada con su imagen, que no se olvide de esta pobre hasta el fin (Sal 73, 19), pues humilde le confiesa y engrandece. Pedid que dé aliento a mi pavor y vida a quien no la tiene sin amarle. Decidme, ¿cómo y con qué le daré gusto y mereceré la alegría de su rostro?— Respondiéronla los Ángeles: Reina y Señora nuestra, dilatado es vuestro corazón para que no le venza la tribulación y nadie como vos está capaz de cuan cerca está el Señor del afligido que le llama (Sal 90, 15). Atento está sin duda a vuestro afecto y no desprecia vuestros gemidos amorosos. Siempre le hallaréis piadoso Padre y a vuestro Unigénito afectuoso Hijo, mirando vuestras lágrimas.—¿Será por ventura atrevimiento —replicaba la amantísima Madre— llegarme a su presencia? ¿Será mucha osadía pedirle postrada me perdone si en alguna falta le di disgusto? ¿Qué haré? ¿Qué remedio hallaré en mis recelos?—No desagrada a nuestro Rey —respondían los santos príncipes— el corazón humilde, en él pone los ojos de su amor y nunca se disgusta de los clamores de quien ama en lo que amorosamente obra.

720. Entretenían y consolaban algo los Santos Ángeles a su Reina y Señora con estos coloquios y respuestas, significándole en ellas, debajo de razones generales, el singular amor y agrado del Altísimo con sus dulcísimas congojas; y no se declaraban más porque el mismo Señor quería tener en ellas sus delicias. Y aunque su Hijo santísimo en cuanto hombre verdadero, con el natural amor que como a Madre, y Madre sola y sin padre, la debía y le tenía, llegaba a enternecerse muchas veces con la natural compasión de verla tan afligida y llorosa, pero con todo eso guardaba y ocultaba su compasión con la entereza de su semblante y algunas veces que la amantísima Madre le llamaba para que fuese a comer se

detenía y otras iba sin mirarla y sin hablarla palabra. Pero aunque en todas estas ocasiones la gran Señora derramaba muchas lágrimas y representaba a su Hijo santísimo las amorosas congojas de su pecho, todo lo hacía con tan gran medida y peso y acciones tan prudentes y llenas de sabiduría, que si en Dios pudiera haber admiración —como es cierto que no puede— la tuviera Su Majestad de hallar en una pura criatura tan gran lleno de santidad y perfecciones. Pero el infante Jesús, en cuanto hombre, recibía especial gozo y complacencia de ver tan bien logrados en su Madre Virgen los efectos de su divino amor y gracia, y los Santos Ángeles le daban nueva gloria y cánticos de alabanza por este admirable e inaudito prodigio de virtudes.

721. Para que el infante Jesús durmiese y descansase, le tenía su amorosa Madre prevenida por manos del Patriarca San José una tarima y sobre ella una sola manta, porque desde que salió de la cuna, cuando estaban en Egipto, no quiso admitir otra cama ni más abrigo; y aun en aquella tarima no se echaba, ni se servía siempre de ella, pero algunas veces estando asentado en el áspero lecho se reclinaba en él sobre una almohada pobre y de lana, que la misma Señora había hecho. Y cuando Su Alteza le quiso prevenir mejor cama, respondió el Hijo santísimo que la suya donde se había de extender sería sólo el tálamo de la cruz, para enseñar al mundo con ejemplo que no se ha de pasar al eterno descanso por los que ama Babilonia y que en la vida mortal el padecer es alivio. Desde entonces le imitó en este modo de reclinarse la divina Señora con nuevo cuidado y atención. Y cuando era ya tarde y tiempo de recogerse, tenía costumbre la celestial Maestra de humildad postrarse delante de su Hijo santísimo que estaba en la tarima, y allí le pedía cada noche la perdonase no haberse empleado en servirle aquel día con más cuidado, ni ser tan agradecida a sus beneficios

como debía, y dábale gracias de nuevo por todo y le confesaba con muchas lágrimas por verdadero Dios y Redentor del mundo, y no se levantaba del suelo hasta que su Hijo unigénito se lo mandaba y la bendecía. Este mismo ejercicio repetía por la mañana, para que el divino Maestro y Preceptor le ordenase lo que todo el día había de obrar en su servicio, y así lo hacía Su Majestad con mucho amor.

722. Pero en esta ocasión de su severidad mudó también el estilo y el semblante; y cuando la candidísima Madre llegaba a reverenciarle y adorarle en su acostumbrado ejercicio, aunque acrecentaba sus lágrimas y gemidos de lo íntimo del corazón, no le respondía palabra más de oírla con severidad y mandábala que se fuese. Y no hay ponderación que llegue a manifestar los efectos que obraba en el corazón purísimo y columbino de la amorosa Madre ver a su Hijo, Dios y hombre verdadero, tan mudado en el semblante, tan grave en el rostro y tan escaso en las palabras, y en todo el exterior tan diferente de lo que solía mostrarse con ella. Examinaba la divina Señora su interior, reconocía el orden de sus obras, las condiciones, las circunstancias de ellas, y daba muchas vueltas con la atención y memoria por aquella oficina celestial de su alma y potencias, y aunque no podía hallar en ella parte alguna de tinieblas, porque todo era luz, santidad, pureza y gracia, con todo eso, como sabía que ante los ojos de Dios ni los cielos ni las estrellas son limpios, como dice Job (Job 15, 15; 25, 5; 4, 18), y hallan qué reprender en los más angélicos espíritus, temía la gran Reina si acaso ignoraba algún defecto que fuese al Señor patente. Y con este recelo padecía deliquios de amor, que, como es fuerte como la muerte (Cant 8, 6), en esta nobilísima emulación, aunque llena de toda sabiduría, causa dolores de inextinguible pena. Duróle muchos días a nuestra Reina este ejercicio en que su Hijo santísimo la probó con incomparable gozo y la levantó al

estado de Maestra universal de las criaturas, remunerando la lealtad y fineza de su amor con abundante y copiosa gracia sobre la mucha que tenía; y después sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

723. Hija mía, véote deseosa de ser discípula de mi Hijo santísimo por lo que has entendido y escrito de cómo yo lo fui. Y para tu consuelo quiero que adviertas y conozcas que el oficio de maestro no lo ejercitó Su Majestad sola una vez ni en el tiempo que en forma humana enseñó su doctrina, como se contiene en los Evangelios y en su Iglesia, pero siempre hace el mismo oficio con las almas y le haré hasta el fin del mundo, amonestando, dictando e inspirándoles lo mejor y más santo para que lo pongan por obra. Y esto hace con todas absolutamente, aunque, según su divina voluntad o la disposición y atención de cada una, reciben mayor o menor enseñanza. Si de esta verdad te hubieras aprovechado siempre, larga experiencia tienes de que el altísimo Señor no se dedigna de ser maestro del pobre, ni de enseñar al despreciado y pecador, si quieren atender a su doctrina interior, Y porque ahora deseas saber la disposición que de tu parte quiere Su Majestad tengas para hacer contigo el oficio de maestro en el grado que tu corazón lo codicia, quiero de parte del mismo Señor decírtelo y asegurarte que, si te hallare materia dispuesta, pondrá en tu alma, como verdadero y sabio Artífice y Maestro, su sabiduría, luz y enseñanza con grande plenitud.

724. En primer lugar, debes tener la conciencia limpia, pura, serena, quieta y un desvelo incesante de no caer en culpa ni imperfección por ningún suceso del mundo. Con esto juntamente te has de alejar y despedir de todo lo terreno, de manera que, como otras veces te he amonestado, no quede en ti especie ni memoria de cosa

alguna humana ni visible, sino sólo el corazón sencillo, sereno y claro. Y cuando tuvieres el interior tan despejado y libre de tinieblas y especies terrenas que las causan, entonces atenderás al Señor, inclinando tus oídos como hija carísima que olvida su pueblo de esa Babilonia vana y la casa de su padre Adán, y todos los resabios de la culpa, y te aseguro que te hablará palabras de vida eterna (Jn 6, 69). Y luego te conviene que le oigas con reverencia y agradecimiento humilde, que hagas de su doctrina digno aprecio y que la ejecutes con toda puntualidad y diligencia, porque a este gran Señor y Maestro de las almas nada se le puede ocultar, y se desvía y retira con disgusto cuando la criatura es ingrata y negligente en obedecerle y agradecerle tan alto beneficio. Y no han de pensar las almas que estos retiros del Altísimo les suceden siempre como el que tuvo conmigo, porque en mí fue sin culpa y con excesivo amor, pero en las criaturas, donde hay tantos pecados, groserías, ingratitudes y negligencias, suele ser pena y castigo merecido.

725. Atiende, pues, ahora, hija mía, y advierte tus omisiones y faltas en hacer la estimación digna que debes a la doctrina y luz que con particular enseñanza has recibido del divino Maestro y de mis amonestaciones. Modera ya los temores desordenados y no dudes más si es el Señor quien te habla y enseña, pues la misma doctrina da testimonio de su verdad y te asegura de su autor, porque es santa, pura, perfecta y sin mácula; ella enseña lo mejor y te reprende cualquier defecto, por mínimo que sea, y sobre esto te la aprueban tus maestros y padres espirituales. Quiero también que tengas siempre cuidado, imitándome en lo que has escrito, de venir a mí cada noche y mañana inviolablemente, pues soy tu maestra, y con humildad me digas tus culpas reconociéndolas con dolor y contrición perfecta, para que yo sea intercesora con el Señor y como madre

alcance de él que te perdone. Y a más de esto, luego que cometieras alguna culpa o imperfección, la reconoce y llora sin dilación y pide al Señor perdón con deseo de enmendarte. Y si fueras atenta y fiel en esto que te mando, serás discípula del Altísimo y mía, como deseas, porque la pureza del alma y la gracia es la más eminente y adecuada disposición para recibir las influencias de la luz divina y ciencia infusa que comunica el Redentor del mundo a los que son discípulos verdaderos.

CAPITULO 2

Manifiéstansele a María santísima las operaciones del alma de su Hijo nuestro Redentor de nuevo y todo lo que se le había ocultado, y comienza a informarla de la ley de gracia.

726. De la naturaleza y condiciones del amor, de sus causas y efectos ha hecho grandes y largos discursos el entendimiento humano; y para explicar yo el amor santo y divino de María santísima, Señora nuestra, fuera necesario añadir mucho a todo lo que está dicho y escrito en materia del amor, porque, después del que tuvo el alma santísima de Cristo nuestro Señor, ninguno hubo tan noble y excelente en todas las criaturas humanas y angélicas como el que tuvo y tiene la divina Señora, pues mereció llamarse Madre del amor hermoso (Eclo 24, 24). Uno mismo es en todos el objeto y materia del amor santo, que es Dios por sí mismo y las demás cosas criadas por él, pero el sujeto donde este amor se recibe, las causas por donde se engendra, los efectos que produce, son muy desiguales, y en nuestra gran Reina estuvieron en el supremo grado de pura criatura. En ella fueron sin medida y tasa la pureza del corazón, la fe, la esperanza, el temor santo y filial, la ciencia y sabiduría, los beneficios, la memoria y aprecio de ellos, y todas las demás causas que puede tener el amor santo y divino. No

se engendra esta llama ni se enciende al modo del amor insano y ciego que entra por la estulticia de los sentidos y después no se le halla razón ni camino, porque el amor santo y puro entra por el conocimiento nobilísimo, por la fuerza de su bondad infinita y suavidad inexplicable, que como Dios es sabiduría y bondad no sólo quiere ser amado con dulzura, sino también con sabiduría y ciencia de lo que se ama.

727. Alguna semejanza tienen estos amores, en los efectos más que en las causas, porque, si una vez rinden el corazón y se apoderan de él, salen con dificultad; y de aquí nace el dolor que siente el corazón humano cuando halla desvío y sequedad o menos correspondencia en lo que ama, porque esto es lo mismo que obligarle a arrojar de sí el amor, y como él se apodera tanto del corazón y no halla fácil la salida, aunque alguna vez se la proponga la razón, viene a causar dolores de muerte esta dura violencia que padece. Todo esto es locura e insania en el amor ciego y mundano, pero en el amor divino es suma sabiduría, porque, donde no se puede hallar razón para dejar de amar, la mayor prudencia es buscarlas para amar más íntimamente y obligar al Amado; y como la voluntad en este empeño emplea toda su libertad, tanto cuanto más libremente ama al sumo Bien, tanto viene a quedar menos libre para dejarle de amar; y en esta gloriosa porfía, siendo la voluntad la señora y la reina del alma, viene a quedar felizmente esclava de su mismo amor y ni quiere ni casi puede negarse a esta libre servidumbre; y por esta libre violencia, si halla desvío o recelos en el sumo bien que ama, padece dolores y deliquios de muerte como a quien le falta el objeto de la vida, porque sólo vive con amar y saber que es amada.

728. De aquí se entenderá algo de lo mucho que padeció el corazón ardentísimo y purísimo de nuestra Reina con la ausencia del Señor y con ocultársele el

objeto de su amor, dejándola padecer tantos días los celos que tenía de si le había disgustado. Porque siendo ella un compendio casi inmenso de humildad y amor divino y no sabiendo la causa de aquella severidad y desvío de su Amado, vino a padecer un martirio el más dulce y más riguroso que jamás alcanzó el ingenio humano ni angélico. Sola María santísima, que fue Madre del santo amor y llegó a lo sumo que pudo caber en pura criatura, sola ella supo y pudo padecer este martirio, en que excedió a todas las penas de los mártires y penitencias de los confesores. Y en Su Alteza se ejecutó lo que dijo el Esposo en los Cantares (Cant 8, 7): *Si diere el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, la despreciará como si fuera nada.* Porque todo lo visible y criado y su misma vida olvidó en esta ocasión y lo reputó por nada, hasta hallar la gracia y el amor de su Hijo santísimo y su Dios, que temía haber perdido, aunque siempre le poseía. No se puede explicar con palabras su cuidado, solicitud, desvelo y diligencias que hizo para obligar a su Hijo dulcísimo y al Padre eterno.

729. Pasaron treinta días que le duraba este conflicto y eran muchos siglos para quien un solo momento no parece podía vivir sin la satisfacción de su amor y del Amado. Y, a nuestro modo de entender, no podía ya el corazón de nuestro infante Jesús contenerse ni resistir más a la fuerza del amor que tenía a su dulcísima Madre, porque también el mismo Señor padecía una admirable y suave violencia en tenerla tan afligida y suspensa. Sucedió que entró un día la humilde y soberana Reina a la presencia del Niño Dios y, arrojándose a sus pies, con lágrimas y suspiros de lo íntimo del alma le habló y le dijo: Dulcísimo amor y bien mío, ¿qué monta la poquedad de este polvo y ceniza comparada con vuestro inmenso poder? ¿Qué puede toda la miseria de la criatura para vuestra bondad sin fin? En todo excedéis a nuestra bajeza, y con el inmenso piélago de vuestra misericordia

se anegan nuestras imperfecciones y defectos. Si no he acertado a serviros, como confieso debo, castigad mis negligencias y perdonadlas, pero vea yo, Hijo y Señor mío, la alegría de vuestra cara, que es mi salud, y aquella luz deseada que me daba vida y ser. Aquí está la pobre, pegada con el polvo, y no me levantaré de vuestros pies hasta que vea claro el espejo en que se miraba mi alma.

730. Estas razones y otras llenas de sabiduría y ardentísimo amor dijo nuestra gran Reina humillada y delante de su Hijo santísimo, y como Su Majestad deseaba más que la misma Señora restituirla a sus delicias, le respondió con mucho agrado esta palabra: Madre mía, levantaos. Y como esta voz era pronunciada del mismo que era Palabra del Eterno Padre, tuvo tanta eficacia que con ella instantáneamente quedó la divina Madre toda transformada y elevada en un altísimo éxtasis en que vio a la divinidad abstractivamente. Y en esta visión la recibió el Señor con dulcísimos abrazos y razones de Padre y Esposo, con que pasó de las lágrimas en júbilo, de pena en gozo y de amargura en suavísima dulzura. Manifestóla Su Majestad grandes misterios de sus altos fines en la nueva Ley Evangélica y, para escribirla toda en su candidísimo corazón, la señaló y destinó la Beatísima Trinidad por primogénita y primera discípula del Verbo Humanado, para que formase en ella como el padrón y ejemplar por donde se habían de copiar todos los santos apóstoles, mártires, doctores, confesores, vírgenes y los demás justos de la nueva Iglesia y ley de gracia, que el Verbo había de fundar en la redención humana.

731. A este misterio corresponde todo lo que la divina Señora dijo de sí misma, como la Iglesia Santa se lo aplica, y en el capítulo 24 del Eclesiástico debajo del tipo de la sabiduría divina. Y no me detengo en la declaración

de este capítulo, porque sabido el sacramento que voy escribiendo se deja entender cómo le conviene a nuestra gran Reina todo cuanto allí dice el Espíritu Santo en su nombre. Baste referir algo de la letra para que todos entiendan parte de tan admirable sacramento. *Yo salí — dice esta Señora (Eclo 24, 5-16)— de la boca del Altísimo, primogénita antes que todas las criaturas. Yo hice que naciera en el cielo la lumbre indefectible y como niebla cubrí toda la tierra. Yo habité en las alturas y mi trono en la columna de la nube. Yo sola giré los cielos y penetré el profundo del abismo y anduve en las olas del mar y estuve en toda la tierra; y tuve el primado en todos los pueblos y gentes; y con mi virtud puse las plantas en el corazón de todos los excelsos y humildes; y en todas estas cosas busqué descanso y en la herencia del Señor estaré de asiento. Entonces me mandó el Criador de todo, y me dijo; y el que me crió a mí descansará en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob y hereda a Israel y extiende tus raíces en mis escogidos. Desde ab initio y antes de los siglos fui criada, y hasta el futuro siglo permaneceré y en la habitación santa administré delante de él. Y así fui confirmada en Sión y juntamente descansé en la ciudad santificada y tuve potestad en Jerusalén; y eché raíces en el pueblo honorificado y su herencia es en la parte de mi Dios y en la plenitud de los santos mi detención.*

732. Continúa luego el Eclesiástico otras excelencias de María santísima y vuelve a decir (Eclo 24, 22-31): *Yo extendí mis ramos como el terebinto y son de honor y de gracia. Yo di fruto de suave olor, como la vid, y mis flores son frutos de honor y honestidad. Yo soy la Madre del amor hermoso y del conocimiento y santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y verdad, en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud. Pasad a mí todos los que me deseáis y seréis llenos de mis generaciones, porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia*

sobre la miel y el panal; mi memoria en todas las generaciones de los siglos. Los que me gustaren aún tendrán hambre y los que bebieren tendrán sed. El que me oyere no será confundido, el que en mí obrare no pecará y los que me ilustraren alcanzarán eterna vida.—

Hasta aquí basta de la letra del capítulo del Eclesiástico, en que el corazón humano y piadoso sentirá luego tanta preñez de misterios y sacramentos de María santísima, que su virtud oculta la llevará el corazón a esta Señora y Madre de la gracia y le dará a sentir en sus palabras su inexplicable grandeza y excelencia, en que la constituyó la doctrina y magisterio de su Hijo santísimo por decreto de la Beatísima Trinidad. Esta eminente Princesa fue el arca verdadera del Nuevo Testamento, y del remanente de su sabiduría y gracia, como de un mar inmenso, redundó todo cuanto recibieron y recibirán los demás santos hasta el fin del mundo.

733. Volvió de su éxtasis la divina Madre y de nuevo adoró a su Hijo santísimo y le pidió la perdonase si en su servicio había cometido alguna negligencia. Respondiéndola Su Majestad, levantándola de donde estaba postrada, y la dijo: Madre mía, de vuestro corazón y afectos estoy muy agradao y quiero que le dilatéis y preparéis de nuevo para recibir mis testimonios. Yo cumpliré la voluntad de mi Padre y escribiré en vuestro pecho la doctrina evangélica que vengo a enseñar al mundo. Y Vos, Madre, la pondréis en ejecución, como yo deseo y quiero.—Respondió la Reina purísima: Hijo y Señor mío, halle yo gracia en vuestros ojos, y gobernad mis potencias por los caminos rectos de vuestro beneplácito. Y hablad, Dueño mío, que vuestra sierva oye y os seguirá hasta la muerte.—En esta conferencia que tuvieron el Niño Dios y su Madre santísima, se le descubrió y manifestó de nuevo a la gran Señora todo el interior del alma santísima de Cristo con sus operaciones; y creció este beneficio desde aquella

ocasión, así de parte del sujeto, que era la divina discípula, como de la del objeto, porque recibió más clara y alta luz y en su Hijo santísimo vio toda la Nueva Ley Evangélica, con todos sus misterios, sacramentos y doctrina, según el divino Arquitecto la tenía ideada en su mente y determinada en su voluntad de reparador y maestro de los hombres. Y a más de este magisterio, que fue para sola María santísima, añadía otro, porque con palabras la enseñaba y declaraba lo oculto de su sabiduría (Sal 50, 8) y lo que no alcanzaron todos los hombres y los ángeles. De esta sabiduría, que aprendió María purísima sin ficción, comunicó sin envidia (Sab 7, 13) toda la luz que derramó antes, y más después, de la Ascensión de Cristo nuestro Señor.

734. Bien conozco que pertenecía a esta Historia manifestar aquí los ocultísimos misterios que pasaron entre Cristo Señor nuestro y su Madre en estos años de su puericia y juventud hasta la predicación, porque todas estas cosas se ejecutaron con la divina Madre y en su enseñanza, pero de nuevo confieso lo que dije arriba, números 711, 712 y 713, de mi incapacidad y de todas las criaturas para tan alto argumento. Y también fuera necesario para esta declaración escribir todos los misterios y secretos de la divina Escritura, toda la doctrina cristiana, las virtudes, todas las tradiciones de la Santa Iglesia, la confutación de los errores y sectas falsas, las determinaciones de todos los Concilios Sagrados y todo lo que sustenta la Iglesia y la conservará hasta el fin del mundo, y luego otros grandes misterios de la vida y gloria de los Santos; porque todo esto se escribió en el corazón purísimo de nuestra gran Reina y cuantas obras hizo el Redentor y Maestro para que la redención y la doctrina de su Iglesia fuese copiosa (Sal 129, 7): lo que escribieron los Evangelistas y Apóstoles, los Profetas y padres antiguos, lo que obraron después todos los Santos, la luz que tuvieron los Doctores, lo que

padecieron los Mártires y Vírgenes, la gracia que recibieron para hacerlo y padecerlo. Todo esto y mucho más que no se puede explicar conoció María santísima individualmente con grande penetración, comprensión y evidencia, y lo agradeció, y obró en todo, cuanto era posible a pura criatura, para con el eterno Padre como autor de todo y con su Hijo unigénito como cabeza de la Iglesia. De todo hablaré adelante, lo que me fuere posible.

735. Y no por ocuparse en tales obras con la plenitud que pedían, atendiendo a su Hijo y Maestro, faltaba jamás a las que le tocaban en su servicio corporal y cuidado de su vida y la de San José, porque a todo acudía sin mengua ni defecto, dándoles la comida y sirviéndolos, y a su Hijo santísimo siempre hincadas las rodillas con incomparable reverencia. Cuidaba también de que el infante Jesús asistiese al consuelo de su Padre putativo, como si fuera natural. Y el Niño Dios obedecía a su Madre en todo esto y asistía muchos ratos con San José en su trabajo corporal, en que el Santo era continuo, para sustentar con el sudor de su cara al Hijo del Eterno Padre y a su Madre. Y cuando el infante Dios fue creciendo ayudaba algunas veces a San José en lo que era posible a la edad, y otras veces hacía algunos milagros, sin atención a las fuerzas naturales, para que el santo esposo se alentase y se le facilitase más el trabajo, porque en esta materia eran aquellas maravillas entre los tres a solas.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

736. Hija mía, yo te llamo de nuevo desde este día para mi discípula y compañera en obrar la doctrina celestial que mi Hijo santísimo enseñó a su Iglesia por medio de los Sagrados Evangelios y Escrituras. Y quiero de ti que con nueva diligencia y atención prepares tu corazón, para que como tierra escogida reciba la semilla viva y

santa de la palabra del Señor y sea su fruto cien doblado. Convierte tu corazón atento a mis palabras y, junto con esto, sea tu continua lección los evangelios, y medita y pesa en tu secreto la doctrina y misterios que en ellos entenderás. Oye la voz de tu Esposo y Maestro, a todos convida y llama a sus palabras de vida eterna. Pero es tan grande el engaño peligroso de la vida mortal, que son muy pocas las almas que quieren oír y entender el camino de la luz. Siguen muchos lo deleitable que les administra el príncipe de las tinieblas, y quien camina con ellas no sabe a dónde endereza su fin. A ti te llama el Altísimo para el camino y sendas de la verdadera luz; síguela por mi imitación y conseguirás mi deseo. Niégate a todo lo terreno y visible, no lo conozcas ni mires, no lo quieras ni atiendas, huye de ser conocida, no tengan en ti parte las criaturas, guarda tu secreto y tu tesoro de la fascinación humana y diabólica. Todo lo conseguirás si como discípula de mi Hijo santísimo y mía ejecutares la doctrina del Evangelio que te enseñamos con la perfección que debes. Y para que te compela a tan alto fin, ten presente el beneficio de haberte llamado la disposición divina para que seas novicia y profesa de la imitación respectivamente de mi vida, doctrina y virtudes, siguiendo mis pisadas, y de este estado pases al noviciado más levantado y profesión perfecta de la religión católica, ajustándote a la doctrina evangélica e imitación del Redentor del mundo, corriendo tras el olor de sus ungüentos y por las sendas rectas de su verdad. El primer estado de discípula mía ha de ser disposición para serlo de mi Hijo santísimo, y los dos para alcanzar el último de la unión con el ser inmutable de Dios; y todos tres son beneficios de incomparable valor que te ponen en empeño de ser más perfecta que los encumbrados serafines, y la diestra divina te los ha concedido para disponerte, prepararte y hacerte idónea y capaz de recibir la enseñanza, inteligencia y luz de mi vida, obras, virtudes, misterios y sacramentos, para que los escribas.

Y el muy alto Señor se ha dignado de concederte esta liberal misericordia, sin merecerla tú, por mi intercesión y ruegos. Y los he hecho eficaces, en remuneración de que has rendido tu dictamen temeroso y cobarde a la voluntad del Altísimo y obediencia de tus preladados, que repetidas veces te han manifestado e intimándote escribas mi Historia. El premio más favorable y útil para tu alma es el que te han dado en estos tres estados o caminos místicos, altísimos y misteriosos, ocultos a la prudencia carnal y agradables a la aceptación divina. Tienen copiosísimas doctrinas, como te han enseñado y has experimentado en orden a conseguir su fin. Escríbelas aparte y haz tratado de ellas, que es voluntad de mi Hijo santísimo. Su título sea el que tienes prometido en la introducción de esta Historia que dice: *Leyes de la Esposa, ápices de su casto amor y fruto cogido del árbol de la vida* de esta obra (Cf. la edición de esta obra por Eduardo Royo, Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1916).

CAPITULO 3

Subían a Jerusalén todos los años María santísima y San José conforme a la ley y llevaban consigo al infante Jesús.

737. Algunos días después que nuestra Reina y Señora con su Hijo santísimo y su esposo San José estaba de asiento en Nazaret, llegó el tiempo en qué obligaba el precepto de la ley de San Moisés a los israelitas que se presentasen en Jerusalén delante del Señor. Este mandato obligaba tres veces en el año, como parece en el Éxodo (Ex 34, 23) y Deuteronomio (Dt 16, 16). Pero no obligaba a las mujeres sino a los varones, y por esto podían ir por su devoción o dejar de ir, porque no tenían mandato ni tampoco se lo prohibían. La divina Señora y su esposo confirieron qué debían hacer en estas

ocasiones. El Santo se inclinaba a llevar consigo a la gran Reina su esposa y al Hijo santísimo, para ofrecerle de nuevo al Eterno Padre, como siempre lo hacía, en el templo. A la Madre purísima también la tiraba la piedad y culto del Señor, pero como en cosas semejantes no se movía fácilmente sin el consejo y doctrina de su maestro el Verbo Humanado, consultóle sobre esta determinación. Y la que tomaron fue que San José fuese las dos veces del año solo a Jerusalén y que la tercera subiesen todos tres juntos. Estas solemnidades en que iban los israelitas al templo eran: una la de los Tabernáculos, otra de las Hebdómadas, que es por Pentecostés, y la otra la de los Ázimos, que era la Pascua de Parasceve; y a ésta subían Jesús dulcísimo, María purísima y San José juntos. Duraba siete días, y en ella sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. A las otras dos fiestas subía solo San José, sin el Niño ni la Madre.

738. Las dos veces que subía el santo esposo José en el año solo a Jerusalén, hacía esta peregrinación por sí y por su esposa divina y en nombre del Verbo Humanado, con cuya doctrina y favores iba el Santo lleno de gracia, devoción y dones celestiales a ofrecer al Eterno Padre la ofrenda que dejaba reservada como en depósito para su tiempo. Y en el ínterin, como sustituto del Hijo y de la Madre, que quedaban orando por él, hacía en el templo de Jerusalén misteriosas oraciones, ofreciendo el sacrificio de sus labios. Y como en él ofrecía y presentaba a Jesús y a María santísimos, era oblación aceptable para el Eterno Padre sobre todas cuantas le ofrecían lo restante del pueblo israelítico. Pero cuando subían el Verbo Humanado y la Virgen Madre por la fiesta de la Pascua en compañía de San José, era este viaje más admirable para él y los cortesanos del cielo, porque siempre se formaba en el camino aquella procesión solemnísima —que otras veces en semejantes ocasiones queda dicho (Cf. supra n. 456,

589, 619)— de los tres caminantes Jesús, María y José y los diez mil Ángeles que los acompañaban en forma humana visible; y todos iban con la hermosura refulgente y profunda reverencia que acostumbraban, sirviendo a su Criador y Reina, como en otras jornadas he dicho; era ésta de casi treinta leguas, que dista Nazaret de Jerusalén, y a la ida y vuelta se guardaba el mismo orden en este acompañamiento y obsequio de los Santos Ángeles, según la necesidad y disposición del Verbo humanado.

739. Tardaban en estas jornadas respectivamente más que en otras, porque después que volvieron a Nazaret desde Egipto el infante Jesús quiso andarlas a pie, y así caminaban todos tres, Hijo y Padres santísimos; y era necesario ir despacio, porque el infante Jesús comenzó luego a fatigarse en servicio del Eterno Padre y en beneficio nuestro y no quería usar de su poder inmenso para excusar la molestia del camino, antes procedía como hombre pasible, dando licencia o lugar a las causas naturales para que tuviesen sus efectos propios, como lo era el cansarle y fatigarle el trabajo del camino. Y aunque el primer año que hicieron esta jornada tuvo cuidado la divina Madre y su esposo de aliviar algo al Niño Dios recibéndole alguna vez en los brazos, pero este descanso era muy breve y en adelante fue siempre por sus pies. No le impedía este trabajo la dulcísima Madre, porque conocía su voluntad de padecer, pero llevábale de ordinario de la mano, y otras veces el Santo Patriarca José; y como el infante se cansaba y encendía, la Madre prudentísima y amorosa, con la natural compasión, se enternecía y lloraba muchas veces. Preguntábale de su molestia y cansancio y limpiábale el divino rostro, más hermoso que los cielos y sus lumbreras; y todo esto hacía la Reina puesta de rodillas con incomparable reverencia, y el divino Niño la respondía con agrado y la manifestaba el gusto con que recibía

aquellos trabajos por la gloria de su eterno Padre y bien de los hombres. En estas pláticas y conferencias de cánticos y alabanzas divinas ocupaban mucha parte del camino, como en otras jornadas queda dicho (Cf. supra n. 627, 637).

740. Otras veces, como la gran Reina y Señora miraba por una parte las acciones interiores de su Hijo santísimo y por otra la perfección de la humanidad deificada, su hermosura y operaciones, en que se iba manifestando su divina gracia, el modo como iba creciendo en el ser y obrar de hombre verdadero, y todo lo confería la prudentísima Señora en su corazón (Lc 2, 19), hacía heroicos actos de todas las virtudes y se inflamaba y encendía en el divino amor. Miraba también al infante como a Hijo del Eterno Padre y verdadero Dios y, sin faltar al amor de madre natural y verdadera, atendía a la reverencia que le debía como a su Dios y Criador, y todo esto cabía juntamente en aquel candido y purísimo corazón. El niño caminaba muchas veces esparciéndole el viento sus cabellos —que le fueron creciendo no más de lo necesario, y ninguno le faltó hasta los que le arrancaron los sayones— y en esta vista del infante Jesús sentía la dulcísima Madre otros efectos y afectos llenos de suavidad y sabiduría. Y en todo lo que interior y exteriormente obraba, era admirable para los Ángeles y agradable a su Hijo santísimo y Criador.

741. En todas estas jornadas, que hacían Hijo y Madre al templo, ejecutaban heroicas obras en beneficio de las almas, porque convertían muchas al conocimiento del Señor y las sacaban de pecado y las justificaban, reduciéndolas al camino de la vida eterna; aunque todo esto lo obraban por modo oculto, porque no era tiempo de manifestarse el Maestro de la verdad. Pero como la divina Madre conocía que estas eran las obras que a su Hijo santísimo le encomendó el Eterno Padre y que

entonces se habían de ejecutar en secreto, concurría a ellas como instrumento de la voluntad del Reparador del mundo, pero disimulado y encubierto. Y para gobernarse en todo con plenitud de sabiduría, la prudentísima Maestra siempre consultaba y preguntaba al Niño Dios todo lo que habían de hacer en aquellas peregrinaciones, a qué lugares y posadas habían de ir, porque en estas resoluciones conocía la Princesa celestial que su Hijo santísimo disponía los medios oportunos para las obras admirables que su sabiduría tenía previstas y determinadas.

742. Donde hacían las noches, unas veces en las posadas, otras en el campo —que algunas se quedaban en él— el niño Dios y su Madre purísima nunca se dividían uno de otro. Siempre la gran Señora asistía con su Hijo y Maestro y atendía a sus acciones, para imitarlas en todo y seguirlas. Lo mismo hacía en el templo, donde miraba y conocía las oraciones y peticiones del Verbo humanado que hacía a su Eterno Padre, y cómo según la humanidad en que era inferior se humillaba y reconocía con profunda reverencia los dones que recibía de la divinidad. Y algunas veces la beatísima Madre oía la voz del Padre que decía: *Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi complacencia y me deleito (Mt 17, 5)* Otras veces conocía y miraba la gran Señora que su Hijo santísimo oraba por ella al Padre Eterno y se la ofrecía como Madre verdadera, y este conocimiento era de incomparable júbilo para ella. Conocía también cómo oraba por el linaje humano, y que por todos estos fines ofrecía el Hijo sus obras y trabajos. En estas peticiones le acompañaba, imitaba y seguía.

743. Sucedió también otras veces que los Santos Ángeles hacían cánticos y música suavísima al Verbo humanado, así cuando entraban en el templo, como en los caminos, y la feliz Madre los oía, miraba y entendía

todos aquellos misterios y era llena de nueva luz y sabiduría, y su purísimo corazón se enardecía e inflamaba en el divino amor, y el Altísimo la comunicaba nuevos dones y favores, que no es posible comprenderlos con mis cortas razones. Pero con ellos la prevenía y preparaba para los trabajos que había de padecer, porque muchas veces, después de tan admirables beneficios, se le representaban como en un mapa todas las afrentas, ignominias y dolores que en aquella ciudad de Jerusalén padecería su Hijo santísimo. Y para que luego lo mirase todo en él con más dolor, solía Su Majestad al mismo tiempo ponerse a orar delante y en presencia de la dulcísima Madre, y, como le miraba con la luz de la divina sabiduría y le amaba como a su Dios y juntamente como a Hijo verdadero, era traspasada con el cuchillo penetrante que le dijo San Simeón (Lc 2, 35) y derramaba muchas lágrimas previniendo las injurias que había de recibir su dulcísimo Hijo, las penas y la muerte ignominiosa que le habían de dar y que aquella hermosura sobre todos los hijos de los hombres (Sal 44, 3) sería afeada más que de un leproso (Is 53, 3) y que todo lo verían sus ojos. Y para mitigarle algo el dolor solía el Niño Dios volverse a ella y le decía que dilatase su corazón con la caridad que tenía al linaje humano y ofreciese al Eterno Padre aquellas penas de entrambos para remedio de los hombres. Y este ofrecimiento hacían juntos Hijo y Madre santísimos, complaciéndose en él la Beatísima Trinidad; y especialmente le aplicaban por los fieles, y más en particular para los predestinados, que habían de lograr los merecimientos y redención del Verbo humanado. En estas ocupaciones gastaban señaladamente Jesús y María dulcísimos los días que subían a visitar el templo de Jerusalén.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

744. Hija mía, si con atenta y profunda consideración

ponderas el peso de tus obligaciones, muy fácil y suave te parecerá el trabajo que repetidas veces te encargo en cumplir con los mandamientos y ley santa del Señor. Este ha de ser el primer paso de tu peregrinación como principio y fundamento de toda la perfección cristiana. Pero muchas veces te he enseñado que el cumplir con los preceptos del Señor ha de ser no con tibieza y frialdad sino con todo fervor y devoción, porque ella te moverá y compelerá a que no te contentes con lo común de la virtud sólo, pero que te adelantes en muchas obras voluntarias, añadiendo por amor lo que no te impone Dios por obligación; que ésta es industria de su sabiduría, para darse por obligado de sus verdaderos siervos y amigos, como de ti lo quiere estar. Considera, carísima, que el camino de la vida mortal a la eterna es largo, penoso y peligroso: largo por la distancia, penoso por la dificultad, peligroso por la fragilidad humana y astucia de los enemigos. Y sobre todo esto el tiempo es breve, el fin incierto; y éste, o muy dichoso o infeliz y desdichado, y el uno y otro irrevocables. Y después del pecado de Adán, la vida animal y terrena de los mortales es poderosa contra quien la sigue, las prisiones de las pasiones fuertes, la guerra continua, lo deleitable está presente al sentido y le fascina fácilmente, lo honesto es más oculto en sus efectos y conocimiento, y todo esto junto hace la peregrinación dudosa en su acierto y llena de peligros y dificultades.

745. Entre todos no es el menor, por la humana flaqueza, el de la carne, que por esto y por más continuo y doméstico derriba a muchos de la gracia. Pero el modo más breve y seguro de vencerle ha de ser para ti y para todos, disponer tu vida en amargura y dolor, sin admitir en ella descanso ni deleite de los sentidos y hacer pacto inviolable con ellos de que no se desmanden, ni se inclinen más de a lo que la fuerza y regla de la razón permite; y sobre este cuidado has de añadir otro, de

anhelar siempre al mayor beneplácito del Señor y al fin último adonde deseas llegar. Para todo esto te conviene atender a mi imitación siempre, a que te convido y llamo con deseo de que llegues a la plenitud de la virtud y santidad. Atiende a la puntualidad y fervor con que yo obraba tantas cosas, no porque me las mandaba el Señor, sino porque yo conocía eran de su mayor agrado. Multiplica tú los actos fervorosos, las devociones, los ejercicios espirituales, y en todo las peticiones y ofrecimientos al Eterno Padre por el remedio de los mortales; ayúdalos también con el ejemplo y amonestaciones que pudieres; consuela a los tristes, anima a los flacos, ayuda a los caídos, y por todos ofrece si fuere necesario tu misma sangre y vida; y sobre todo esto agradece a mi Hijo santísimo que sufra tan benignamente la torpe ingratitud de los hombres, sin faltar a su conservación y beneficios; atiende al invicto amor que les tuvo y tiene, y cómo yo le acompañé, y ahora lo hago en esta caridad; y tú, quiero que sigas a tu dulce Esposo en tan excelente virtud y a mí que soy tu maestra.

CAPITULO 4

A los doce años del infante Jesús sube con sus padres a Jerusalén y se queda oculto de ellos en el templo.

746. Continuaban, como queda dicho (Cf. supra n. 737), todos los años la estación y jornada que hacían al templo Jesús, María y José santísimos en el tiempo de la Pascua de los Ázimos (Lev 23, 6). Y llegando el Niño Dios a los doce años de su edad, cuando convenía ya que amaneciesen los resplandores de su inaccesible y divina luz, subieron al mismo tiempo a Jerusalén, como lo acostumbraban (Lc 2, 42). Esta solemnidad de los Ázimos duraba siete días, conforme a la disposición de la

ley (Dt 16, 8), y eran los más célebres el primero y el último día, y por esto se detenían nuestros divinos y celestiales peregrinos en Jerusalén todo aquel septenario, celebrando la fiesta con el culto del Señor y oraciones que acostumbraban los demás israelitas, si bien en el oculto sacramento eran tan singulares y diferentes de todos los demás. Y la dichosa Madre y su santo esposo respectivamente recibían de la mano del Señor en estos días favores y beneficios sobre todo pensamiento humano.

747. Pasado el día séptimo de la solemnidad se volvieron para Nazaret y al salir de la ciudad de Jerusalén dejó el Niño Dios a sus padres, sin que ellos lo pudiesen advertir, y se quedó oculto, prosiguiendo ellos su jornada ignorantes del suceso. Para ejecutar esto se valió el Señor de la costumbre y concurso de la gente que, como era tan grande en aquellas solemnidades, solían dividirse las tropas de los forasteros apartándose las mujeres de los hombres, por la decencia y recato conveniente; y los niños que llevaban a estas festividades acompañaban a los padres o madres sin diferencia, porque en esto no había peligro de indecencia; con que pudo pensar San José que el infante Jesús iba en compañía de su santísima Madre, a quien asistía de ordinario, y no pudo imaginar que iría sin él, porque la divina Reina le amaba y conocía sobre toda criatura angélica y humana. La gran Señora no tuvo tantas razones para juzgar que iba su Hijo santísimo con el patriarca San José, pero el mismo Señor la divirtió con otros pensamientos divinos y santos, para que al principio no atendiese y que después, cuando se reconoció sola sin su amado y dulcísimo Hijo, pensase que lo llevaba consigo el gloriosísimo San José y que para su consuelo le acompañaba el Señor de las alturas.

748. Con esta presunción caminaron María y José

santísimos todo un día, como dice san Lucas (Lc 2, 44). Y como se iban despidiendo y saliendo de la ciudad por diferentes caminos los forasteros, se iban después juntando cada uno con su mujer o familia. Halláronse María santísima y su esposo en el lugar donde habían de posar y concurrir juntos la primera noche después que salieron de Jerusalén. Y viendo la gran Señora que el niño Dios no venía con San José como lo había pensado y que tampoco el Patriarca le hallaba con su Madre, quedaron los dos casi enmudecidos con el susto y admiración, sin poderse hablar por mucho rato; y cada uno respectivamente, gobernando el juicio por su profundísima humildad, se hizo cargo a sí mismo de haberse descuidado en haber dejado a su Hijo santísimo que se perdiese de vista; porque ignoraban el misterio y el modo como Su Majestad lo había ejecutado. Cobraron los divinos esposos algún aliento y con sumo dolor confirieron lo que debían hacer, y la amorosa Madre dijo a San José: Esposo y Señor mío, no sosegará mi corazón, si no volvemos con toda diligencia a buscar a mi Hijo santísimo.—Hiciéronlo así, comenzando la pesquisa entre los deudos y conocidos, y ninguno pudo darles noticia de Él, ni aliviarles su dolor, antes bien se les acrecentó de nuevo con las respuestas de que no le habían visto en el camino desde Jerusalén.

749. Convirtiése la afligida Madre a sus Santos Ángeles, y los que llevaban aquella venera del santísimo nombre de Jesús —que dije hablando de la circuncisión (Cf. supra n. 523)— se habían quedado con el mismo Señor y los demás acompañaban a su Madre purísima; y esto sucedía siempre que se dividían; a éstos, que eran diez mil, preguntó su Reina y les dijo: Amigos y compañeros míos, bien conocéis la justa causa de mi dolor. Yo os pido que en tan amarga aflicción seáis vosotros mi consuelo, dándome noticia de mi Amado, para que yo le busque y le halle (Cant 3, 2). Dad algún aliento a mi lastimado

corazón, que ausente de su bien y de su vida se sale de su lugar para buscarle.— Los Santos Ángeles, que sabían la voluntad del Señor en dar a Su Madre santísima aquella ocasión de tantos merecimientos y que no era tiempo de manifestarle el sacramento, aunque no perdían de vista a su Criador y nuestro Reparador, la respondieron consolándola con otras razones, pero no le dijeron entonces dónde estaba su Hijo santísimo, ni las ocupaciones que tenía; y con esta respuesta y nuevas dudas que le causaron a la prudentísima Señora, crecían con sumo dolor sus cuidados, lágrimas y suspiros, para buscar con diligencia, no la dracma perdida como la otra mujer del Evangelio (Lc 15, 8), sino todo el tesoro del cielo y tierra.

>> sigue parte 11 >>